

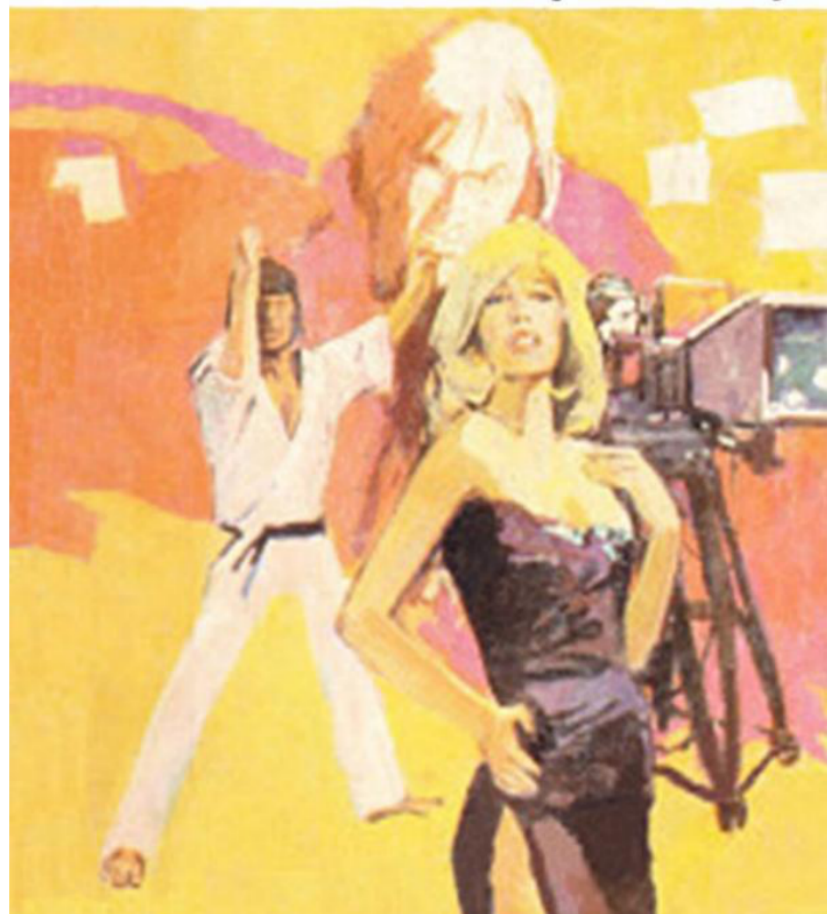
BOLSALBROS BALGUERA

PUNTO

ROJO

LA CHICA DE LA TELE

Ralph Barby



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **COLORADO:**

838. - La larga espera de la muerte.

En Colección **KANSAS:**

744. - El comisario rebelde.

En Colección **CALIFORNIA:**

881. - Buscando a un tramposo.

En Colección **BRAVO OESTE:**

585. - «Colt» a sueldo fijo.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.462. - ¡No juegues con mi muñeco!

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

1.168. - Cancerbero de la muerte.

En Colección **PUNTO ROJO:**

656. - La venus de los pies grandes.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

647. - Los torturados de Nogán.

En Colección **BISONTE SERIE ROJA:**

1.351. - Más astuto que los coyotes.

En Colección **BUFALO SERIE ROJA:**

1.051. - Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

120. - La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección **BUFALO SERIE AZUL:**

85. - Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

LA CHICA DE LA TELE
(M. P. SAVAGE - 22)

Colección **PUNTO ROJO** n.º 856
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 24.588 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1978

1ª edición en América: julio, 1985

© Ralph Barby - 1978

texto

© Desilo - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

—No, no, querida, no me pasa nada, sólo que tengo mucho trabajo. No me esperes esta noche.

Francis J. Farrow no era ningún muchacho, tampoco un viejo; era un hombre maduro, de sienes plateadas, un hombre aún atractivo para las mujeres, pese a que últimamente, como él mismo admitía, estaba echando tripa. No hacía más ejercicio físico que alguna partida de tenis, de vez en cuando.

Su rostro reflejaba cansancio, mal humor, preocupación; podía sufrir el inevitable *stress* de los ejecutivos, no en vano era el director general de la CTVC, un canal de televisión importante que conseguía grandes éxitos de audiencia, arrebatando espectadores a las cadenas de televisión interestatales que gastaban muchos millones dólares en sus telefilmes, que no tenían mayor trascendencia que distraer, a base de tiros sin ton ni son. Francis J. Farrow sabía que los telespectadores que cogían el canal de la CTVC exigían buenos programas, programas más cultos, informativos y serios. Y Francis J. Farrow, siguiendo su línea de trabajo con calidad, había conseguido que los otros canales semejaran infantiles al lado del suyo. Incluso, la publicidad era moderada.

Francis J. Farrow hablaba con su esposa por teléfono, pero su pensamiento estaba muy lejos de ella. Cuando colgó, descubrió que al otro lado de la mesa se hallaba Úrsula Croll.

Úrsula era joven, quizá lo parecía más de lo que realmente era. Su cabello suelto y siempre limpio, sin lacas que lo acartonaran, daba un bello color dorado en pantalla. Úrsula Croll era la presentadora de moda en los informativos de la CTVC.

Ella no era la típica y tópica *starlet* que se acercaba a las cadenas televisivas buscando un trabajo porque estaba segura de que su rostro o su cuerpo resultaban en pantalla, tenían «gancho».

Úrsula Croll era atractiva, con un encanto limpio que no hacía pensar en situaciones equívocas. Sí, el suyo era un rostro limpio que podía mirar de frente y, además, era inteligente y poseía el carnet de periodista.

La joven sabía mucho de buscar empleo como periodista y no encontrarlo, salvo que se sometiera a determinadas «exigencias» de algunos empresarios que, por si fuera poco, el trabajo que le ofrecían a cambio de alguna escapadita un fin de semana era el permanecer sentada junto al teletipo para recoger noticias, como si fuera una auxiliar administrativa sin cualificar, ya que se lo daban todo escrito.

En una fiesta organizada por la juventud periodística donde Francis J. Farrow había dado una charla informal, éste se había fijado en Úrsula, entregándole una tarjeta para que pasara por la dirección de la CTVC.

Úrsula había llegado a pensar que la entrega de la tarjeta no era más que un gesto amistoso por parte de Francis J. Farrow; mas, al presentarse en los estudios de la emisora, tras ser mirada de reojo, casi con ironía por el portero, había llegado a presencia de la mismísima secretaria de Farrow.

—Ah, sí —dijo *mistress* Bette, una cuarentona muy eficiente—. Rellene este impreso, lo firma, y luego le daré un pase para que vaya al estudio veinte para que le hagan una prueba.

Úrsula, que no había llegado a ver a Farrow en su despacho, rellenó el formulario con escepticismo. Después, por seguir la rutina, hizo la prueba que exigían.

Ella era una periodista, había puntualizado; pero los demás hablaban también, sin hacer caso a lo que Úrsula pudiera decir. Después, la enviaron a su casa, y cuando ya ni se acordaba de su pase por la CTVC, recibió una carta en la que se le rogaba que pasara por la dirección de la emisora.

Úrsula Croll volvió a encontrarse con Francis J. Farrow, que la felicitó y le ofreció un empleo como locutora en los informativos, programas serios en los que no se explotarían sus posibilidades de *sex-symbol*, aunque, como era lógico, tenía que aportar mucho de su belleza juvenil y de sus posibilidades como periodista.

Úrsula quedó muy sorprendida, máxime al comprobar que el salario del contrato era mejor de lo que ella misma hubiera pedido

y que Francis J. Farrow se comportaba digna y amigablemente. No se propasó nunca lo más mínimo y la trataba casi como a una hermana pequeña.

Farrow era un hombre que sabía cómo captar audiencia, pero no a base de ofrecer programas idiotizantes. Úrsula se sentía bastante realizada con su trabajo y su amistad con el director de la CTVC fue en aumento.

Estaba agradecida a aquel hombre que, por su edad, casi podía ser su padre y que le había dado la oportunidad que tanto le costara encontrar. Siempre se había dicho a sí misma que si en alguna ocasión Francis J. Farrow necesitaba su ayuda, se la prestaría incondicionalmente.

—¿Problemas, míster Farrow? —preguntó, apenas el director de la CTVC hubo colgado el teléfono.

—Úrsula, tú tienes que llamarme Francis, ya lo sabes. La verdad es que me gustaría que todo el mundo me llamara Francis, en fin...

—Verá, Francis, quería consultarle acerca de unas noticias que han llegado por el teletipo.

El hombre tomó las hojas sin mirarlas, mirando solo los ojos de la joven locutora de informativos.

—¿Te gusta el tenis, Úrsula?

—Pues sí, juego algo, pero no bien.

—¿Quieres que vayamos a jugar una partida?

—Pues, cuando me avise...

—Ahora mismo.

—Pero, los informativos...

—Ya se cuidará Huggins de todo eso. —Alargó su mano varonil y velluda y tomó una de las femeninas—. Tengo problemas muy serios, ¿sabes?, y necesito hablar con alguien. Lo del tenis es lo de menos. Quizá para cansarme físicamente y relajarme mejor después.

Úrsula le miró a los ojos, hizo una rápida meditación y sonrió.

—Si usted quiere que juguemos una partida de tenis ahora...

Abandonaron el edificio de la emisora a bordo de sus respectivos coches.

Úrsula le siguió con su automóvil hasta el *Sport Motel*, que se hallaba al este de la ciudad, sobre una colina. El *Sport Motel* era lujoso y caro; se advertía nada más ver sus instalaciones que daban a la carretera. Por ello, muchos automovilistas pasaban de largo. En

realidad, el *Sport Motel* contaba más con la clientela de la gente importante de la ciudad que con los forasteros.

Jugaron una partida de tenis en la que venció Úrsula. Ambos acabaron sudados. Farrow comentó:

—Te lo tenías muy callado, eres una magnífica jugadora.

—No, no es eso, es que usted está pensando en otras cosas.

—Nos damos un duchazo y luego nos reunimos en la discoteca, ¿de acuerdo?

—Como quiera.

Ella se alejaba ya hacia su vestuario; el hombre la detuvo y pidió:

—De tú, por favor.

—Como prefieras, Francis.

Se encontraron en la discoteca donde la música era suave, sin estridencias. Allí acudía más gente madura que juventud alocada. Úrsula vestía un conjunto muy veraniego, brazos y hombros desnudos y un escote grande donde se adivinaban unos pechos duros y turgentes, sin necesidad de sujetador que los elevara.

—Hola, ¿qué has pedido?

—Un combinado con cerezas.

—¿Y es bueno eso?

—A mí me gusta.

—De acuerdo, pediré otro igual.

El camarero les sirvió, y Francis J. Farrow, mirando a la muchacha, semejó hundirse un tanto, pareció cansarse, más y más, por segundos. Los signos de la preocupación se traslucieron en su rostro, que se llenó de arrugas.

—Dentro de poco comenzarán las elecciones por la poltrona de alcalde y todo esto es una mierda, Úrsula, una mierda —confesó en tono bajo.

—Por lo que sé, tú eres un hombre objetivo respecto a las elecciones y a la gente que se presenta.

—Verás, tengo un amigo, nos graduamos juntos. No es que nos veamos demasiado, pero algunas veces le hemos pasado entrevistas y reportajes por televisión. Lo que hace este hombre interesa que sea divulgado.

—¿Te refieres a Daniel McAndrew, el ecologista?

—Exacto, ya digo yo que eres una chica lista. Sí, se trata de

McAndrew, el ecologista. Quiere presentarse para el puesto de alcalde, me llamó y me lo contó, tuvimos una entrevista y hablamos sobre el asunto.

—¿Y a ti qué te pareció?

—Muy bien, tiene grandes ideas para la ciudad. La verdad es que nos está haciendo falta un ecologista que ponga el veto a edificios de determinadas alturas; que ponga más zonas verdes, más equipamientos y que se ocupe de las afueras de la ciudad, que mejore el sistema de alcantarillados, solucione los problemas del reciclaje de la basura y rebaje el tanto por ciento de la contaminación.

—Parece que te convenció.

Francis J. Farrow suspiró y admitió:

—Me temo que sí, me dijo cosas muy bonitas. En realidad, es un naturista nato. Ya en la universidad tenía cosas que a todos nos parecían muy raras. Algunos le llamaban *snob*, pero él, sin inmutarse, pedía permiso por escrito y con cuatro copias para que le dejaran plantar árboles. Los compraba con su dinero, y por las mañanas, antes de entrar en clase, se le podía ver cavando, hablando con jardineros, buscando nuevos emplazamientos. En fin, que no era de boquilla, él trabajaba en lo que creía.

—¿Y se lo apreciaron?

—Al principio se burlaban de él, pero al final recibió un fuerte aplauso de toda la asamblea universitaria y se le entregó un diploma honorífico, vamos, que se le agasajó. La verdad es que supo ganárselo a pulso.

—Pues parece que tenemos en perspectiva un buen alcalde.

—Estamos poniendo todo el planeta tan perdido, que ahora los ecologistas tienen mucha aceptación. En Francia se demostró, hace poco tiempo, en sus elecciones, y son muchos los que empiezan a temerles. Aquí es la primera vez que un ecologista, sólo con el apoyo de los clubs naturistas, de los amigos del campo y los amigos de los animales, se lanza a la batalla por una poltrona importante, nada más y nada menos que la del alcalde, y somos una ciudad importante, con un buen puñado de millones de habitantes.

—Tú piensas apoyar a tu amigo, ¿verdad?

—Sí, creo en su honestidad, pero no podemos olvidar que la CTVG es una emisora comercial y privada, con un consejo de

administración.

—Pero tú eres el director general, con atribuciones completas sobre lo que puede programarse y lo que no. El consejo de administración no puede manipularte a su antojo.

—Eso es lo que he dicho.

—¿Te han pedido que te olvides de McAndrew, el ecologista?

—Sí, le han puesto el veto en nuestra cadena de televisión, un veto que no provoque escándalo, algo disimulado.

—¿Y tú qué has dicho?

—Me he negado en redondo. Ellos pretenden que la CTVc apoye totalmente al alcalde Donovan, nuestro inefable corso Donovan. Está muy bien respaldado por su partido, por el grupo de los grandes empresarios y se rumorea que hasta por la Mafia.

—Eso sería una grave acusación, si se supiera.

—No se puede decir más que delante de un tribunal y hay que tener muchas pruebas. El alcalde Donovan no es ningún tonto. Sonríe, se muestra siempre conciliador patriarcal, pero sabe muy bien lo que hace. En su despacho se firman verdaderas porquerías. En su entorno hay corrupciones a todos los niveles. McAndrew ha prometido limpiar la alcaldía de arriba abajo, dice que va a luchar contra la contaminación del aire, del agua, de la tierra y de la propia alcaldía.

—Eso es una bomba.

—El alcalde Donovan y quienes le sostienen, están seguros de ganarle las elecciones al rival de costumbre, ya sabes, el del partido de la oposición, el profesor Benson.

—El profesor Benson es un hombre recalcitrante; siempre se presenta, pese a que siempre pierde.

—Pero se las arreglan para que, además de perder, quede bien, con posibilidades de haber ganado. De este modo vuelven a presentarle a las siguientes elecciones, aunque saben de antemano que van a perderlas. Un rumor sin confirmar asegura que el profesor Benson recibe atenciones muy sustanciosas de manos de los hombres que sostienen al alcalde Donovan; le pagan los desfiles de *majorettes* y parte de la campaña de radio, televisión y prensa.

—Eso es corrupción, ¿no?

—Sí, pero está montado así; no quieren que nadie más meta las narices en el juego. Hay libertad para elegir alcalde, pero siempre

sale el que quieren que salga y no los ciudadanos, que son manejados como muñecos, sino el grupo que tiene metidas sus zarpas en el pastel de la ciudad. A través de la alcaldía se hacen muchos negocios de contratas y subcontratas, se mueven muchos millones que los ciudadanos pagan, y que luego nadie sabe muy bien adónde han ido a parar, aunque en los libros las cuentas aparezcan claras. También se cierran muchas veces los ojos a desastres urbanísticos. Hay mucha porquería y muchos millones en danza, y el alcalde Donovan no va a soltar su cargo. Sabe perfectamente que no debe preocuparse por su rival, el profesor Benson, al que atacará y ridiculizará en la televisión. Los que costean el *show* de las elecciones le apoyan a él, pero ahora ha surgido lo inesperado: McAndrew es una incógnita peligrosa. Un ecologista en una ciudad que se ha tornado hostil puede ser un firme candidato al cargo de alcalde, y le temen. El grupo que sostiene a Donovan sabe que McAndrew no tiene dinero para una campaña; saben que los grandes empresarios no van a respaldarle y tampoco los Bancos, pero también saben que, en un momento dado, puede convocar a mucha gente y, con poco dinero, celebrar un mitin o una concentración como hicieron en París o en Barcelona (España), para cruzar la ciudad en bicicleta. Saben que McAndrew puede reunir a cientos de miles de niños con una semilla en la mano y comenzar a plantar árboles, arbustos o, simplemente, rosales.

—Comprendo, y como a la hora de las votaciones son los ciudadanos los que colocan su voto en la urna y no los ejecutivos de los grandes emporios económicos y tampoco los miembros de la Maña.

—Sí, McAndrew puede llevarse el voto de la gente que pide una ciudad más habitable.

—Y tú deseas ayudar a McAndrew porque crees que es sincero y que es mucho mejor que Donovan, nuestro actual alcalde, que pretende ser reelegido.

—Sí.

—Pero, los del consejo de administración de la televisora no te lo van a permitir.

—Eso pretenden. Les he dicho que mi contrato expira dentro de un año, que cuando llegue la fecha pueden despedirme si quieren, pero mientras el contrato esté en vigor, seré yo quien resuelva lo

que haya que hacer o dejar de hacer en los programas.

—¿Y qué te han respondido?

—Que si muevo el asunto de McAndrew, que si le ven por pantalla, puedo considérame despedido.

—¿Y tú piensas seguir adelante?

—Sí. —Hizo una pausa, tomó un trago largo del combinado de cerezas y añadió—: ¿Sabías que la emisora es, en gran parte, propiedad de los hombres que sostienen al alcalde Donovan?

—No, no lo sabía y me temo que si sigues con tu idea de apoyar a McAndrew te quedarás sin empleo.

—Ya no puedo volverme atrás, Úrsula, no puedo. Si no ayudo a McAndrew aunque sea con limpieza y objetividad, me habré convertido en un pelele más de la corte de Donovan, donde ese indeseable es el rey, pero donde los llamémosles «consejeros» son los que verdaderamente se llenan los bolsillos. Si me someto a las exigencias del consejo de administración habré perdido mi dignidad profesional y humana. Aunque la gente no lo sepa, lo sabré yo, y será suficiente. —Sonrió tras el vaso y lo hizo con tristeza—. No sé por qué te cuento todo esto, Úrsula.

—Seguramente porque confías en mí; no has querido contárselo a nadie más y necesitabas vomitarlo.

—Eso es, necesitaba vomitarlo. Te preguntarás por qué no me he sincerado con mi mujer.

—Yo no pregunto nada.

—Mi mujer sólo está interesada en que pague el tren de vida en el que se ha montado y que no le vengan con problemas. Vive muy feliz siendo la esposa del director general de la CTVC, así muchas amigas se le acercan pidiendo que sus niñas aparezcan en pantalla para que todos vean lo listos y guapos que son. ¡Mierda, mierda!

Úrsula comprendió a Farrow, comprendió la rebeldía de un hombre honesto que se negaba a ser manipulado en favor de irnos intereses demasiado oscuros y que, si se investigaba a fondo, posiblemente tendrían mucho de delictivos.

—Si necesitas confiar más en mí, puedes hacerlo, no diré nada.

—Gracias, Úrsula, sabía que podía confiar en ti. ¿Te lo creerás si te digo que había más de mil peticiones y muchas de ellas cargadas de influencias, para ocupar el puesto que tú tienes ahora?

—Tenía una ligera idea, aunque también sé que no haces caso

de las recomendaciones.

—Es cierto, pero soy un hombre de carne y hueso, tengo mis debilidades, mis momentos bajos. Ahora mismo, creo que me bebería una botella de *whisky* entera y reventaría.

—Tú lo has dicho, reventarías y no ganarías nada.

—Estoy cansado, muy cansado.

—Tu trabajo es agotador, lo comprendo.

Le cogió las manos. Úrsula no las retiró y aguantó su mirada.

—¿Y si yo, ahora, te pidiera que fuéramos a un lugar tranquilo?

En fin, no es preciso que te explique más, ¿verdad?

—No, no es preciso, lo comprendo.

—¿Y qué dices, Úrsula?

—¿Es una suposición o una propuesta en serio?

Farrow volvió a suspirar.

—En serio.

—Con una condición...

—Ponía.

—Pues, que no creas que esto puede repetirse ni pienses que cedo para conseguir algo más.

—Sé muy bien que eres íntegra y si no quieres, sólo tienes que decirlo.

—Vamos.

—De acuerdo. Iremos en mi coche; deja el tuyo aquí y ya te traeré de nuevo al *Sport Motel*.

Salieron en el coche de Farrow. Por una autopista urbana periférica se dirigieron a una urbanización enclavada en la falda de una montaña encarada al mar.

Se internaron en ella, ya bajo la luz de las farolas. El *cottage* propiedad de Francis J. Farrow estaba en lo alto de la urbanización y había que hacer subir el coche por unas calles empinadas. Al fin, llegaron a la casa y Farrow dijo:

—Dejaré el coche fuera, en dos horas o menos regresaremos.

Ella miró el pequeño, pero coquetón *cottage*; había muchos arbustos y árboles alrededor y se veían bien cuidados.

—¿Traes muchas amigas aquí?

—A algunas, no te miento, pero tu caso es distinto. Hoy no quería acostarme simplemente con un sexo que, además, tuviera una cara y tipo más o menos hermoso.

Entraron en la casa, muy comfortable dentro de su pequeñez. El saloncito estaba decorado al estilo marinero. Había algunas fotografías del propio Farrow, pero ninguna de su esposa, la cual, posiblemente, jamás había pisado aquel refugio.

—Arriba está el cuarto de baño y el dormitorio, pero si no te importa estaremos aquí abajo. Hay mejor música y bebida.

—Como quieras, ahora vuelvo.

Úrsula subió al piso y se metió en el dormitorio, que no tenía nada de particular. Al lado estaba el cuarto de baño. Dormitorio y aseo daban a una terracita con vistas al mar. Úrsula recapacitó unos instantes, era consciente de todo lo que estaba sucediendo. Ella jamás se había prostituido y lo que iba a hacer no era prostitución.

Estaba muy agradecida a un hombre bueno. Ahora le veía derrumbarse y ella podía ayudarle para que su derrumbe no fuera total.

Francis J. Farrow en aquellos momentos necesitaba algo limpio que le invitase a seguir luchando. De pronto, tuvo la impresión de escuchar una voz alterada.

Intrigada, abandonó el cuarto de baño y pasó al dormitorio. Iba asomarse a la escalera cuando escuchó voces.

—¡De espalda contra la pared, Farrow! —ordenó una voz tajante.

—¿Qué quieren, quién les manda?

Úrsula no pudo verlo, pero Farrow estaba frente a tres hombres. Uno de ellos le encañonaba con una pistola; otro observaba en silencio con la cabeza cubierta por un sombrero ligero, y el tercero era quien hablaba, ordenando:

—Bebe este vaso y pronto, Farrow. Si te retrasas, vamos a por la chica que está arriba y la hacemos feliz entre los tres.

Al oír aquello, Úrsula se estremeció de miedo.

Aquel tipo acababa de llenar un vaso grande con *whisky* puro. Farrow apretó los dientes primero, respiró hondo después y se lo llevó a los labios, bebiéndoselo. Antes, masculló:

—Si se trata de Donovan, esta vez no ganará él.

—¡Bebe!

Francis J. Farrow apuró el contenido del vaso mientras se mantenía de espaldas contra la pared.

Cuando el vaso estuvo vacío, el sujeto del sombrero se le acercó

con la zurda enguantada y, desde una distancia corta, le asestó un puñetazo seco y contundente, de karate, en la región precordial.

El cuerpo de Farrow no pudo ir hacia atrás, porque la pared se lo impedía. Algo crujió dentro de él y su mente se oscureció.

Los tres tipos no le dejaron caer al suelo, lo recogieron y, en volandas, sin tocar nada, lo sacaron del *cottage* y le metieron dentro del coche.

Úrsula pudo oír el encendido del motor y, con cautela, se asomó a la terraza. Pudo ver cómo el auto se ponía en marcha, pendiente abajo. De pronto, una puerta se abrió y un hombre muy ágil se dejó caer al suelo.

El coche continuó pendiente abajo mientras los tres hombres se apresuraban a desaparecer por unas escaleras de atajo. Al poco, se oyó un gran estrépito.

El automóvil de Francis J. Farrow chocó contra la cerca de un *cottage*. La rebasó y terminó estrellándose contra la columna de sostén del porche que tenía la casa.

La columna se partió con la embestida y el voladizo del porche cayó sobre el automóvil, que quedó destruido, y con el claxon sonando de forma continuada.

Úrsula tuvo una sensación de ahogo y de pánico. Comprendió que era mejor que no la encontraran allí y se apresuró a abandonar el *cottage*. Los asesinos ya se habían alejado antes que ella.

CAPÍTULO II

El rostro de Daniel McAndrew estaba como desencajado. Cualquiera habría podido pensar que la noche anterior la había pasado bebiendo, emborrachándose y vomitando después. Era como si, de súbito, fuera víctima de una cruel enfermedad que le estuviera devorando por dentro en cuestión de minutos. No podía comprender lo que estaba viendo.

La edad de Daniel McAndrew había que deducirla por las canas de sus sienes y por las de su barbita recortada. Alto, magro, casi huesudo, era un hombre de gustos ascéticos. No fumaba, no bebía alcohol y era partidario de la dieta vegetariana, sin rechazar los alimentos naturales.

Prefería consumirlo todo crudo o semicrudo y en sus comidas no podía faltar la ensalada y, para beber, leche o zumo de frutas naturales, y, si podía, escogía alimentos cultivados de forma natural, sin pesticidas ni abonos que forzaban la tierra y dejaban sus frutos faltos de magnesio y potasio.

¿Treinta años, casi cuarenta? Su imagen era recia y flexible, pero lo que habría de sorprender al mundo de los electores de la ciudad es saber que ya tenía los cincuenta cumplidos.

Su rostro era alargado, de quijada pronunciada, nariz grande y unos ojos muy profundos color castaño claro.

Daniel McAndrew tenía algo mesiánico en su imagen, en su expresión. Su voz era grave, rotunda y potente y cuando pedía algo, lo exigía con vehemencia; por ello, cuando daba conferencias ecologistas, arrastraba a mucha audiencia que forzosamente acababa aplaudiéndole a rabiar.

Los protectores del alcalde Donovan ya se habían dado cuenta del poder de captación de masas que tenía Daniel McAndrew; era como un magnetismo, natural y no se podía negar que poseía carisma.

Ante sí, perfilándose en el horizonte, frente a sus ojos, se extendían veinte hectáreas cuidadísimas de viveros.

Aquel gran vivero pertenecía a la Ecology Association, cuyo presidente era el propio McAndrew.

Habían comprado aquellos terrenos al nordeste de la ciudad, a casi cien kilómetros de distancia, en un pequeño valle desestimado para la agricultura, pero un radiestesista, miembro de la asociación, había dicho que se comprometía a encontrar agua, y después de una semana de no saber de él, de pasearse por todo el terreno que se les ofrecía a un precio módico y aceptable, apto para ser comprado con los fondos de la asociación, había exclamado:

—¡Aquí, aquí tiene que haber agua y a menos de treinta pies de profundidad!

El radiestesista no se equivocó; perforaron y encontraron agua en abundancia.

Con ayuda de cinco motobombas extraían quinientos litros por segundo de agua pura, no contaminada. Los ecologistas celebraron el hallazgo por todo lo alto, y con la colaboración de unos auxiliares de jardinería fijos con contrato, unos hombres que amaban las plantas, pusieron manos a la obra llenos de entusiasmo.

En la asociación contaban con un equipo de ingenieros agrónomos que planificaron el vivero en el que más de un noventa por ciento contendría especies arbóreas y el diez por ciento restante, arbustos varios para la formación de setos.

Las semillas habían germinado, quizá por el mimo y cuidado con que fueron tratadas.

Cualquier miembro de la asociación podía ir al vivero y trabajar en él, siguiendo siempre líneas trazadas por la comisión de ingenieros agrónomos. De este modo, el ecologista asociado y su familia pasaban un día agradable en contacto directo con la naturaleza. Al paso de los días, semanas, meses, tenían la satisfacción de ver crecer los arbolitos plantados por ellos mismos.

Las plantas que contenía el vivero no eran para vender, aunque cualquier miembro de la Ecology Association podía llevarse arbolitos para su finca si lo deseaba.

La intención de la asociación era repoblar los montes y praderas asoladas por la rapiña que se cebaba en ellos para obtener madera a coste barato.

Sin pretender cobrar nada por la repoblación forestal, la asociación se lanzaba a la tarea de convertir lugares hostiles en bosques agradables, con aspecto de verdaderos parques. Más, ahora todo se venía abajo, todos los árboles y arbustos del vivero habían entristecido, y los que se hallaban más en el centro del vivero ya habían perdido sus hojas y morían.

Pronto, toda la plantación sería un cementerio de arbolitos que jamás llegarían a ser grandes.

Los tres auxiliares de jardinería, hombres sencillos, de piel oscura y muy curtida por el sol, observaban en silencio aquel desastre que no comprendían.

El ruido de un automóvil que se acercaba les arrancó de su abstracción ante la tragedia forestal. Todo el esfuerzo de la Ecology Association se había perdido inexplicablemente.

El coche era grande, poderoso. Se desplazaba sobre tres ejes y seis ruedas con suspensión independiente, hidroneumática. Aquel vehículo de marca «Daymio» era único en su género; no había sido construido en ninguna cadena de montaje sino fabricado artesanalmente por manos que habían mimado cada una de las piezas.

El motor, de siete mil centímetros cúbicos, se detuvo en medio del camino por el que muchos automóviles no se atreverían a pasar por temor a quedar encallados, pues era un camino sólo apto para el pequeño tractor-mula del vivero, que era utilizado para arrastrar el vagón de carga y remover o arar la tierra.

Se abrieron las portezuelas y se apearon tres hombres. El que más sorprendía acababa de abandonar el vehículo por la doble puerta posterior, ya que el «Daymio» tenía línea ranchera.

Ricky, el gigante japonés de dos metros diez de estatura y más de ciento ochenta kilos de peso, había saltado con sorprendente agilidad de su sillón giratorio colocado en la parte posterior del vehículo.

También estaba allí el pequeño Juanito Chancleta, un portorriqueño de escasa estatura y menos peso, pero ágil y elástico. Quien se acercó decidido al encuentro de McAndrew fue Moses Pacific Savage.

—Buenos días, McAndrew; me han dicho que le encontraría en este vivero.

Ante una mirada interrogante del ecologista aspirante a la alcaldía de la ciudad, el recién llegado se presentó:

—Soy Moses P. Savage, reportero *free-lance*. Mis compañeros son Juanito Chancleta, reportero gráfico, y Ricky; ambos colaboran en los reportajes.

—¿Savage? He oído hablar de usted. ¿Le han contado este desastre?

Señaló con su mano los arbolitos. Los había de los más variados tamaños, de apenas una pulgada hasta los diez o doce pies de altura, ya que algunos árboles habían sido adquiridos por la asociación en otros viveros al por mayor, rebajando así los precios.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No lo sabía? —replicó el ecologista.

—¿Qué tenía que saber?

—Los arbolitos se mueren —rezongó uno de los auxiliares de jardinería; después, escupió al suelo una pella muy gruesa de chicle.

—Una pena. Habíamos invertido todos los fondos de la asociación en este vivero. Teníamos en proyecto repoblar en los próximos cinco meses algunas colinas cercanas a la capital para que los ciudadanos pudieran ir a ellas y disfrutar de los árboles que nosotros plantaríamos, pero ahora...

—¿Ha sido una enfermedad?

—No hemos tenido tiempo de estudiar lo sucedido, pero me temo que no se va a salvar nada.

—¿Ha sido el agua contaminada; me refiero al agua de riego?

—Nuestra agua es pura, de gran calidad, pero será analizada. También podría tratarse de alguna enfermedad de mohos o bacterias microscópicas, un desastre, pero, disculpe, usted no pertenece a la asociación, ¿verdad?

—Oh, no puedo pertenecer a todas las asociaciones que me gustan, son muchas y yo sólo soy un ser humano. McAndrew, he venido porque pienso hacer un reportaje sobre usted.

—¿Un reportaje sobre mí? —se asombró—. Si no estoy mal informado, usted sólo hace reportajes de escándalo, reportajes que levantan ampollas. ¿Es que piensa hundirme?

—Nada de eso, simplemente que estoy seguro de que haciéndole un reportaje a usted conseguiré un trabajo de gran audiencia. ¿Cómo quedará al final? La verdad, no sé qué terminaré

descubriendo.

—¿Le paga alguien por ese reportaje?

—No, yo soy libre. Al fina¹, sí el reportaje es bueno, lo venderé a quien mejor me lo pague con la condición de que se emita en un plazo breve y no se pierda por ningún cajón.

—Le advierto una cosa, Savage; si espera que yo le pague por su trabajo, se equivoca, no tengo fondos. Precisamente habré de iniciar una campaña en busca de suscriptores para sufragar la promoción para las elecciones a la alcaldía a las que pienso presentarme, aunque muy mal comienzan las cosas para mí.

—¿Se va a comprometer con los suscriptores que le apoyen?

—Sí, en cuanto a mi honestidad, a mi honradez y al cumplimiento de las promesas que haga durante mi campaña electoral, nada más.

—¿Seguro que nada más?

—Sí. Los suscriptores serán anónimos y dejarán el dinero en la cuenta corriente que los ecologistas tenemos en un Banco. Todo lo que nos den será bien recibido, y si perdemos la campaña, no se habrá perdido todo porque habremos hecho una propaganda ecologista; habremos hablado de la flora, de la fauna, del amor a la naturaleza. Habremos hablado de la contaminación, del ruido, de los espacios verdes que no tenemos... Aunque no consigamos la poltrona de alcalde, habremos lanzado una llamada de alerta contra la degradación progresiva del medio ambiente.

—Pienso que es usted un hombre sincero, McAndrew. —Volvió su mirada hacia los árboles tristes, deshojados, y preguntó—: ¿Puede tratarse de un sabotaje?

—¿Sabotaje...? —McAndrew parpadeó, incrédulo—. ¿Quién podría cometer un acto tan criminal como el de matar a estos arbolitos que no tenían otra misión que repoblar lugares pelados y dar sombra a quienes quieran ir de pícnic hasta ellos? Sería absurdo, no puedo ni imaginar una cosa semejante. Esto sólo puede atribuirse a una desgracia fortuita.

—Quizá sea usted demasiado bien pensado, McAndrew. Al final del reportaje veremos qué descubrimos. ¿Le importa si cogemos algunas muestras?

—¿Muestras, sobre qué?

—Tres o cuatro tiestos de arbolitos diferentes, que no sean más

altos de un palmo. Tomaremos un poco de película del vivero con usted y los jardineros. Usted puede mostrarnos lo sucedido. Juanito, con la filmadora, irá tomando película. Había pensado hacer una filmación sobre su persona, pero lo sucedido al vivero tendrá más interés para la audiencia. Las muestras que nos llevemos las extraerá usted mismo de la tierra y las entregará a unas manos que se tenderán hacia usted.

—¿No saldrá usted en la película?

—Oh, no, no suelo salir en los reportajes que realizo; lo importante en este reportaje es usted y no yo. Ya sé que muchos colegas reporteros dan primacía a su propia imagen sobre el objetivo del reportaje para promocionarse y buscar popularidad al precio que sea, pero ése no es mi caso.

—¿Preparo la filmadora?

—Sí —respondió a Juanito. Se volvió hacia el siempre sonriente Ricky y le pidió—: Tú lo elevas donde haga falta para tomar una panorámica del vivero.

Juanito Chanqueta sacó del coche una filmadora y se la entregó a Ricky. Se separó de él para tomar carrerilla y dio un salto. Se elevó sobre los hombros de Ricky que sostenía la filmadora en una mano y, con la otra, le ayudó a sujetarse.

Cuando ya Juanito estaba en pie sobre los poderosos hombros del gigante japonés, éste le alargó la filmadora.

—Forman una extraña y contrastada pareja —opinó el ecologista.

—Sí, trabajan muy bien como compañeros.

Juanito tomó planos lejanos y primeros planos de las plantaciones que aparecían tristes y desfoliadas. Supo captar buenas imágenes y sacar partido del *zum*.

—¿Qué muestras quiere?

—Tres o cuatro pequeñas; tomaremos pianos de abajo arriba para darle un poco más de grandiosidad. Tiene usted un buen rostro para captar la atención.

—Gracias, pero no estoy ahora para halagos.

—Vamos.

Se internaron en el vivero y Juanito fue tomando más película. El ecologista aspirante a la alcaldía, entregó las muestras de los arbolitos, dos enfermos y otros dos ya con apariencia de muertos.

—Yo no soy agrónomo, pero si estos árboles fueran míos, lo primero que haría es preparar grandes cantidades de detergente biodegradable. Regaría las plantas al anochecer por aspersión y en gran cantidad. —Miró al cielo y añadió—: No creo que vaya a llover en días, y si el mal está pegado a las hojas o a las ramas, quizá con el detergente consiga lavarlas.

—¿Como si fuera una colada en la lavadora? —preguntó McAndrew, molesto—. Los detergentes han hecho mucho daño.

—Si no estoy mal informado, la publicidad dice que los detergentes son biodegradables, es decir, que se transforman en compuestos más sencillos mediante la acción de los seres vivos, como pueden ser hongos o bacterias. ¿No cree que, en este caso, pueden hacer más beneficio que perjuicio? Los coches también han matado a mucha gente, pero ¿quién deja de usarlos para trasladar a un herido rápidamente al hospital?

Daniel McAndrew expulsó el aire de sus pulmones por la nariz, con fuerza, y no respondió. Poco más tarde, se despedían.

—Volveré a verle, McAndrew, el reportaje sólo ha hecho que comenzar. Ahora iremos a rodear el vivero.

—Por el sur no vayan —advirtió uno de los auxiliares jardineros—. No se puede pasar en coche.

—No se preocupe, si no podemos daremos la vuelta —respondió Savage, acomodándose ante el volante.

Juanito se sentó a su lado y Rick ocupó su sillón giratorio. Las manos del japonés cerraron la doble portezuela posterior y después hizo girar el sillón sobre su eje de sostén, quedando encarado con el sentido de la marcha.

M. P. Savage conectó el motor y accionó luego un resorte mediante el cual la carrocería comenzó a elevarse sobre las ruedas, como si pretendiera separarse totalmente de ellas.

Cuando se hubo separado más de dos pies de altura del suelo para no rozar con la panza del vehículo, las piedras del camino, el «Daymio» arrancó, alejándose.

Juanito preparó la cámara con la ventanilla bajada y se dispuso a filmar cuanto viera del vivero agonizante. Ricky colocó los cuatro tiestos sobre la bandeja que cubría lo asientos que se hallaban detrás de Savage y Juanito y delante del propio Ricky, una bandeja colocada a la altura de la parte superior de los respaldos y sobre la

que Ricky solía hacer solitarios con los naipes. Allí tenía las cuatro muestras de arbolitos, irnos arbolitos pequeños, pero que nada tenían que ver con los *bonsai* japoneses.

—¿Qué... qué haremos con és... ésto? —preguntó Ricky con su habitual tartamudeo siempre que no hablaba en japonés.

—Conozco a un bioquímico que podrá darles un vistazo; quizá hasta analizar lo que puede haberlos enfermado y asesinado, porque matar a árboles así, se puede llamar asesinar.

—¿Piensas que los han despachurrado expresamente? —inquirió Juanito Chancleta.

—Estoy convencido de ello, pero siempre puedo equivocarme; investigaremos.

—¿Y qué ganan cargándose los arbolitos del vivero? —siguió preguntando Juanito.

—Quitarle a McAndrew posibilidades de promoción, de imagen pública. Si donde hay tierra pelada ellos crean parques agradables, con abundancia de arbolado, y dejan algunos letreritos diciendo que es una promoción ecologista y que ruegan que plantas y árboles sean tratados con cariño y, al mismo tiempo, cualquiera que coma una fruta, al terminar, plante sus semillas en la tierra, no importa cuándo ni dónde, ¿crees que eso no hará que muchos votos caigan en la bolsa de McAndrew?

—Sí. Si yo fuera vecino de esta ciudad y tuviera que votar, lo haría por McAndrew —admitió Juanito.

Al volverse observó a Ricky que, frente a los cuatro arbolitos, raquíticos, enfermos, muertos quizá, estaba llorando.

CAPÍTULO III

No sólo gran parte de la ciudad sino todo el condado debían hallarse en aquellos momentos frente a las pantallas de su televisor, atentos al noticiero nocturno de la cadena CTVC.

Úrsula Croll, la bella periodista y presentadora, había estado leyendo las noticias, añadiendo algunos comentarios de su propia cosecha, fórmula periodística que hacía que el informativo resultara menos árido y más humano.

Francis J. Farrow le había demostrado una gran confianza al respecto, confianza que la muchacha no había defraudado; además de bonita, había demostrado ser humana e inteligente.

Había terminado con las noticias locales, estatales, federales e internacionales; sólo le faltaba despedirse cuando miró hacia la cámara y todos los telespectadores tuvieron la impresión de que les miraba a cada uno de ellos en particular. Esbozó una sonrisa tenue y tomando una hoja de su mesa de trabajo, dijo:

—Y una noticia de última tora... —Dio una rapidísima ojeada y prosiguió, sabiendo que así atraía más la atención de los televidentes—: Existen indicios más que suficientes para sospechar que la muerte de Francis J. Farrow, el que fue director de este canal de televisión, un hombre querido por todos, no se debió a un accidente automovilístico sino que fue un asesinato malignamente planeado.

Alzó el rostro hacia los televidentes y cerró, pidiendo:

—Esperemos que nuestra formidable policía desentrañe este misterio que tanto afecta a quienes formamos parte de la gran familia de la CTVC. Buenas noches.

Y entró la ráfaga musical que determinaba el fin del noticiero nocturno.

El piloto rojo de la cámara de televisión se apagó, y Úrsula Croll, tras recoger sus hojas repletas de noticias, se dispuso a abandonar

su mesa tras la cual se enfrentaba a los televidentes.

Le temblaban las rodillas pese a que su rostro no revelaba tal nerviosismo. Se daba cuenta de que se había arriesgado mucho y que los mismos asesinos que habían matado alevosamente al director de la emisora podían fijarse en ella para eliminarla también.

Varios compañeros se le acercaron para interesarse por lo que acababa de decir frente a la cámara y que había sorprendido a todos. Úrsula trató de eludirles como pudo.

—No sé nada concreto, sólo es una nota que me han pasado.

La gran bola de nieve había comenzado a deslizarse por la pendiente; ahora se iría engordando y engordando hasta llevarse por delante cuánto encontrara.

Fue hacia su mesa de redacción. Allí, otros periodistas se le acercaron también en demanda de noticias.

—No sé más que lo que me han pasado —repetía Úrsula. Sonó el timbre del teléfono de su mesa cuando sus compañeros insistían, pidiendo información—. Úrsula Croll, ¿diga?

Los compañeros de redacción de la cadena televisora observaron que el rostro de Úrsula palidecía mientras escuchaba. Luego, colgó y todos preguntaron, casi al unísono:

—¿Malas noticias?

—No lo sé, es posible. Huggins, el nuevo director, me llama a su despacho. No sé si es para darme una medalla o una corona fúnebre. Muchachos, comenzad a rezar por mí.

Úrsula Croll recogió su bolso de piel modelo unisex y fue hacia el despacho del director, aquel despacho que conocía bien por haber entrado tantas veces en él, un despacho que, siendo idéntico, semejaba haber cambiado ciento ochenta grados al hallarse Huggins tras la mesa escritorio.

A Al Huggins le faltaba la simpatía natural, el trato humano del desaparecido Francis J. Farrow.

En sí mismo, Huggins también se había transformado; antes se le podía ver siempre, o casi siempre, en mangas de camisa, con el cuello abierto. Ahora iba con el rostro impecablemente rasurado, bien peinado, traje elegante y corbata.

Parecía un ejecutivo de altos vuelos, lástima que era bajito, gordo y melifluo.

Posiblemente se habría cambiado de club de tenis y trataría de perder algunos kilos para no desentonar con los ejecutivos que ahora iban a ser sus amigos.

—Señorita Croll.

A Úrsula ya le produjo cierta desazón oírse llamar señorita Croll; aquel hombre la había estado llamando Úrsula todo el tiempo, con gran amigabilidad. Obviamente, Huggins había cambiado; el puesto de director le había transformado mucho, y no precisamente para bien.

—Usted dirá.

—Usted dirá, señor director —rectificó Huggins. Antes de que la muchacha pudiera replicar algo, prosiguió—: ¿Qué significa lo que ha dicho en el noticiero? —Hizo una pausa como para tomar aire, semejaron inflamarse los ganglios bajo la unión de las mandíbulas mientras se le hinchaban las venas de las sienes que ahora la joven se dio cuenta de que las tenía saltonas, muy visibles.

—He leído el noticiero como siempre, señor director —dijo, con marcado e irónico silabeo que el otro aguantó.

—¿Qué es esa noticia de que Francis J. Farrow fue asesinado? ¿Se da cuenta de lo que ha dicho, cuando precisamente mañana se reúne la corte para determinar si fue accidente y no hay pruebas de lo contrario?

—Yo sólo doy noticias, no soy detective, fiscal ni juez, señor director.

—Pero ¿de dónde diablos ha sacado usted semejante noticia? ¿Cree que un noticiero de la importancia del de la CTVC puede tomarse a broma, y a broma macabra, como usted ha hecho?

—No es ninguna broma. He recibido una denuncia y la he pasado por el noticiero.

—¿Así de simple, una noticia tan importante como la muerte del director de la emisora? Vamos, señorita Croll, ¿qué juego se trae usted entre manos?

—Ningún juego.

Abrió su bolso y sacó una hoja en la que había palabras recortadas de alguna revista, unidas entre sí con pegamento.

—Vea, ésta es la denuncia. La he recibido en un sobre a mi nombre, puede comprobarlo. Me lo ha entregado Charles Brown, del departamento de correspondencia.

Huggins no leía, devoraba materialmente las palabras mientras sus ojos fulguraban. Al final, aplastó la carta contra la mesa dando un fuerte golpe que hizo que se moviera el teléfono rojo que allí reposaba.

—¡Esto es un anónimo, un maldito anónimo, y en esta emisora los anónimos que sólo pretenden ensuciar van a la papelera, o, mejor, tendrían que ir a la escupidera, lugar adonde deberían ir también todos los que escriben anónimos!

—Yo no opino lo mismo, señor director. Hay ocasiones en que quien escribe un anónimo no puede hacer otra cosa y si el anónimo no es para injuriar y sirve para aclarar conceptos, no es malo. Está demostrado que la policía hace caso de un buen tanto por ciento de los anónimos que recibe, y eso le ayuda mucho en sus investigaciones. Muchos casos no se resolverían tan brillantemente si la policía no recibiera un anónimo oportuno.

—¿Está usted defendiendo los anónimos?

—No, pero...

—Señorita Croll, no la autorizo a que hable en absoluto respecto a este anónimo sin fundamento.

—¿Qué hará con él, quemarlo?

—¿Ahora? Imposible. Después de haberlo anunciado usted en el noticiero, la policía caerá sobre nosotros como buitres y querrá saber lo sucedido. Yo les entregaré ese anónimo y les diré la verdad.

—Pero ¿usted sabe la verdad, señor director?

—Les explicaré que un gracioso mandó este papelucho y usted ha dado el anónimo como bueno, eso es todo.

—Si usted lo dice, señor director —replicó Úrsula con sarcasmo.

Ella sabía muy bien lo ocurrido, pero comprendía que resultaba demasiado arriesgado salir a dar la cara sin tener garantías de seguridad.

Si alguien había asesinado a Francis J. Farrow, ese alguien tenía que ser enviado por los mañosos que apoyaban al alcalde Donovan. Y el alcalde Donovan, hombre de paja del grupo mañoso, tenía potestad sobre la Policía Metropolitana, ya que ésta dependía del mismísimo Ayuntamiento. Todos aquellos detalles habían forzado a Úrsula Croll a reconsiderar bien su situación.

—Por supuesto, desmentiremos la noticia en nuestro próximo noticiero de madrugada, en el de mañana al mediodía y también en

el de la noche.

—¿No será mucho desmentir?

—Se hará lo que yo juzgue conveniente, señorita Croll. Por cierto, la emisora va a sufrir algunas modificaciones estructurales, como es lógico.

—Lo comprendo, habiendo nuevo director.

—Usted pasará a la sección de teletipos. Preséntese allá y ya le dirán lo que tiene que hacer.

—¿Me saca del noticiero?

Esta vez, el hombre sonrió muy irónico, algo sádico; quizá era la primera vez que sonreía durante aquella entrevista.

—Si prefiere rescindir su contrato, es libre de hacerlo.

Úrsula Croll tuvo el impulso de enviar al cuerno a Huggins y decirle algo gordo que ya le estaba cosquilleando en las amígdalas, pero hacerlo hubiera sido seguirle el juego, y si quería que se descubriera lo sucedido a Farrow, lo mejor era continuar como empleada de la CTVC. Siempre tendría mayor resonancia, que si ya no trabajaba en la emisora.

—No, no me marchó por ahora, señor director. Iré a la sala de teletipos y a la corte a testificar, si me llaman. No puede usted destruir esa carta, es mía, la han enviado a mi nombre.

—¿Suya?

—Sí, mía.

—La han mandado a la emisora.

—Dirigida a mi nombre. Si no me la entrega, tendré que denunciarle por robo.

—¿Robo? ¿Cómo se atreve?

La sonrisa se esfumó del rostro normalmente meliflúo de Huggins y las venas de sus sienes volvieron a palpar ostensiblemente. La papada se le hinchó como la de un sapo silbante.

—Tome su carta, y cuando venga la policía se la tendrá que dar a ellos. Espero que esta situación quede aclarada muy pronto. No vuelva a propagar más noticias sin confirmar, porque será cesada en su contrato. Buenas noches.

Úrsula Croll abandonó el despacho del director Huggins, todo un personaje colocado en su butaca de orejeras por el consejo de administración, aquel consejo al que Francis J. Farrow se había

enfrentado. No había dejado que le manejaran como a un pelele, pero con Huggins no iban a tener los mismos problemas, eso era evidente.

Úrsula Croll abandonó el despacho y regresó a su mesa de redacción donde la esperaban sus compañeros, todos con expresión interrogante.

—¿Qué te ha dicho el nuevo «diré»? —le preguntaron.

—Chicos, ya no soy la *girl* del noticiero. Ahora voy a la sala de teletipos. De vez en cuando pasaré por aquí para ver cómo lo pasáis en grande. Ya veis, por leer un anónimo en el noticiero me condenan a Siberia, a la frialdad de las noticias que llegan por teletipo...

—No lo dirás en serio, Úrsula...

Hubo mal humor general mientras ella comenzaba a recoger sus cosas, pues tenía que abandonar aquella mesa.

En el fondo, Úrsula Croll tenía deseos de echarse a llorar, mas no iba a dejar que sus ojos se mojaran. Debía ser fuerte, había sido feliz durante algún tiempo.

Salió antes de las instalaciones de la emisora, quiso regresar pronto a su apartamento.

Por unos instantes tuvo intenciones de entrar en el bar; desistió, porque, en su depresión, corría el riesgo de beber demasiado y terminar embriagándose.

Condujo su automóvil despacio. Había luces de faros por todas partes y hasta tuvo la impresión de que la seguían, pero sólo podía ser una ilusión.

Llegó al fin al edificio donde se ubicaba su apartamento. Aparcó en el subterráneo y, tomando el ascensor, subió hacia la séptima planta. Abandonaba la cabina cuando aparecieron ante ella dos hombres. Vestían *bluejeans* y camisas sueltas, con los faldones por encima de los pantalones.

—Abajo otra vez, encanto —le ordenaron.

—Eh, ¿qué significa esto? —inquirió Úrsula, mirándoles con aprensión.

Los dos eran jóvenes y sonreían cínicamente. Uno de ellos sacó una navaja automática y desnudó la brillante hoja, mostrándosela; era una hoja afilada de casi quince centímetros de largo y muy puntiaguda.

—Nos vamos, a menos que prefieras que te pinchemos con esto, claro. —Y le mostró la navaja.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—Dar un paseo con la chica de la tele —se rió uno de ellos, en *ji*.

Úrsula Croll se asustó, un ramalazo de auténtico miedo recorrió su médula espinal.

—La chica de la tele no se va a ninguna parte, porque ya ha llegado a su apartamento —puntualizó, tajante, una voz varonil y bien timbrada, sorprendiéndoles a todos.

El hombre acababa de subir por la escalera, tan silenciosamente como un gato.

—¡Oye tú, lárgate de aquí si no quieres que te hagamos algunos ojales en la piel! —le advirtió el de la navaja.

—Sois muy jóvenes. ¿Cuánto os han pagado por este trabajo sucio? —preguntó el recién llegado.

Úrsula apoyó su espalda contra la puerta de su apartamento; miraba a unos y a otro, asustada. No sabía si gritar o echarse a llorar. Aquellos dos muchachos eran peligrosos, evidentemente.

—Lárgate, esto no va contigo —silabeó, amenazador, el chico de la navaja, acercándose al recién llegado, que no era otro que Moses Pacific Savage.

—Sois unos imbéciles. Habéis escogido la peor profesión, la de matones a sueldo.

—¡Ahora te enseñaré!

El chico de la navaja se lanzó contra Savage con evidentes deseos de hundirle el arma blanca en el cuerpo, algo que muchos otros habían tratado de conseguir antes que él.

Savage giró, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, y el acero solo pinchó el aire. Aquello puso nervioso al delincuente que tensó todos los músculos de su rostro.

Tras efectuar uno de sus veloces giros, Savage le aplicó un *shuto-uchi* en la unión del hombro con la cabeza. El canto de la mano le alcanzó bien en el punto *shofu* y el navajero se fue contra la pared, mas a mitad de recorrido se encontró con un *kerihanashi* en el bajo vientre.

El puntapié de karate hizo daño, aunque Savage lo había aplicado en otras ocasiones con más fuerza. Podía haberlo castrado con aquel golpe, mas no era ésa su intención, aunque sí dejó sin

habla a aquel individuo.

El otro, en vez de abalanzarse contra Savage, lo hizo sobre Úrsula. Sacó también su navaja automática, pero lo hizo demasiado tarde. Savage se alzó en el aire como si tuviera la facultad de volar.

Colocó su cuerpo horizontal, proyectando sus pies hacia delante. El tacón dio en la nariz del rufián. El impacto tuvo una contundencia demoledora y el tipo se derrumbó.

Úrsula parpadeó. La pelea apenas había durado un minuto y los dos jóvenes armados con navajas estaban en el suelo, uno inconsciente y el otro lamentándose sin poder hablar, con las manos en los genitales, mirando a la pared con ojos extraviados.

Con el pie, Savage apartó las navajas. Luego, cogió a uno y lo metió en el ascensor. El otro siguió el mismo camino. Cerró la puerta y gruñó:

—Alguien lo llamará.

Se inclinó. Con un *kleenex* de papel, cogió las navajas y ocultó las hojas, apoyándolas contra el suelo. Se las guardó diciendo:

—Siempre pueden ser una prueba testifical por si quieren quejarse de haber recibido algunos golpes, porque es seguro que, por lo menos uno, tendrá que pasar por la clínica.

—Savage, te conozco.

—Y yo a ti, Úrsula. He venido por la muerte de Francis J. Farrow; era amigo mío. El me compró muchos reportajes que se pasaron por la CTVC.

—Lo sé muy bien. En más de una ocasión, frente a las cámaras, he pronunciado tu nombre, Moses Pacific Savage. Y sabía que debía pronunciarlo de una forma somera, sin darle importancia, sin repetirlo. Es tu norma, lo importante es la noticia, no el que presenta la noticia.

—Así pienso.

—No creas que somos pocos los periodistas que te admiramos, Savage. Gracias por liberarme de esos hombres.

—Te he estado siguiendo; tenía la impresión de que alguien trataría de asustarte.

—¿Sólo asustarme? —preguntó, tragando saliva.

—Sí, seguro que esos dos sólo saben que alguien les ha dado algunos dólares para que te asusten, nada más. Dejándolos marchar, luego vendrán tiburones más gordos con los que sí habrá que tener

cuidado.

—Crees que estoy en peligro, ¿verdad?

—Sí, lo creo. ¿Qué te parece si charlamos en tu apartamento?

—Encantada, Savage. Junto a ti seguro que estoy bien protegida.

Entraron en el apartamento, mientras el ascensor se ponía en marcha. Alguien lo había reclamado desde el *parking* y, cuando las puertas se abrieran, no le iba a gustar lo que encontraría dentro.

CAPÍTULO IV

El Business Men Club era un reducto espacioso y selecto, sólo apto para contadísimos socios, pues sólo se podía ingresar en el club de los hombres de negocios si en asamblea general votaban en favor del nuevo candidato los dos tercios más uno, y a la asamblea, como miembros de pleno derecho, no podían acudir más allá de cuatro docenas de hombres.

Ser un simple industrial con algo más de un millar de obreros no era suficiente para pertenecer a aquel club; allí sólo podían acceder presidentes de financieras y Bancos, o miembros de consejos de administración de poderosas multinacionales; hombres de gran poder cuyo capital no dependiera de una sola industria o empresa.

El Business Men Club se hallaba situado en una colina al norte de la ciudad, una colina que miraba al mar y desde la cual se dominaba buena parte del océano. La colina era suave y tenía grandes espacios bien cuidados donde se podía jugar al golf, entre otros deportes.

Por supuesto, todo el club se hallaba rodeado por una verja de seguridad y tenía vigilantes con perros bien entrenados para ahuyentar a cualquier intruso.

Aquellos hombres eran muy importantes, manejaban los millones como un agente comercial los *nickels* de a cinco centavos para telefonar en cabinas públicas. Tenían enemigos y eran conscientes de ello. Si ellos devoraban a dentelladas a los peces más pequeños, era lógico deducir que algunas de sus víctimas trataran de revolversse y como la única forma de atacar del débil es utilizando la sorpresa, había que preservarse contra ella, lo cual había hecho que una buena parte de la inversión de la construcción del Business Men Club se hubiera dedicado a medidas de seguridad.

Varias docenas de automóviles de gran lujo, modelos especiales de «Cadillac», «Lincoln», «Rolls-Royce» y «Mercedes Benz», se

hallaban aparcados en el garaje, siempre vigilados por un guardia para que nadie pudiera entrar allí y estropear alguno de los coches o colocar una desagradable sorpresa en forma de bomba.

Podían verse otros coches también lujosos, pero no tanto, estacionados bajo marquesinas construidas al efecto. Eran los automóviles en que viajaban las respectivas escoltas de agentes de seguridad personal, un modo eufemístico de llamar a los guardaespaldas o matones, gran parte de los cuales se hallaban en una sala de juego moviendo los naipes sobre tapices verdes. Tenían tiempo de echar algunas manos mientras sus patronos permanecían reunidos para hablar y resolver sus problemas, problemas de altura.

En la sala de juntas, en torno a una mesa de caoba en forma de herradura, una mesa muy grande con cómodas butacas, se hallaban reunidos los miembros del club.

Uno de ellos, y no precisamente el presidente, era el alcalde Donovan. Estaba cómodamente sentado, muy seguro de sí en apariencia, pero sabiendo que haría cuánto decidieran los demás.

También se hallaba presente el mayor Shaper, comandante en jefe de la Policía Metropolitana. Siete mil hombres dependían de él, siete mil hombres que iban desde el simple agente que cuidaba de los niños a la salida de una escuela a los capitanes que estaban al frente de las brigadas de homicidios o estupefacientes y que podían trabajar paralelamente con los hombres del FBI.

El mayor Shaper era un hombre muy alto, le faltaría un pelo para los dos metros. Era un irlandés fornido y a sus cuarenta y tantos años, podía tumbar de un puñetazo a un boxeador profesional de veinte años. Semejaba un hombre taciturno. Cabello corto, rubio rojizo; mirada dura, y boca casi sin labios.

El mayor Shaper no era un hombre público que buscara votos y era un individuo al que los periodistas miraban de reojo. No era bueno acercársele, y menos cuando andaba molesto, y eso era difícil de adivinar por su cara.

En contadas ocasiones vestía de paisano; gustaba del uniforme que hacía que su figura se agigantara, pareciera más fornida y le daba un aire más aguerrido. En el fondo era un militarista.

Su ascenso dentro del cuerpo de la policía había sido siempre sorpresivo. Había manos muy poderosas que le aupaban, y contra esas manos no valían las medallas ni los méritos de otros que

podían haber ocupado, antes que él, tan alto puesto.

El mayor Shaper no pertenecía al club de los hombres de negocios, estaba allí en calidad de invitado y observador. Si se le preguntaba, él respondía; si se le ordenaba, él obedecía.

No podía olvidar que su puesto de comandante en jefe de la Policía Metropolitana lo debía a los hombres allí reunidos.

El mayor Shaper les conocía bien a todos y a cada uno, personalmente. Si alguno tenía un problema, fuera de él mismo o de alguien allegado, Shaper solucionaba la papeleta antes de que el asunto pasara a manos del fiscal, es decir, a manos de los hombres del gobernador.

No podía decirse que ninguno de los hombres allí reunidos en asamblea fuera jefe de los demás. Había un presidente del club, unos vocales, y estos cargos eran rotatorios.

Howard Down, que durante aquel período ostentaba la presidencia del Business Men Club, dijo:

—En esta ocasión nos ha salido un adversario peligroso. McAndrew, el ecologista, es de la clase de tipos capaces de llenar un estadio de béisbol para hacer su mitin político. No podemos olvidar que la gente está muy conciencizada en el asunto ecológico y McAdrew es un ecologista nato, un defensor a ultranza del naturismo, de la naturaleza misma. Si entra en el Ayuntamiento, va a recortar muchos edificios, desempolvando leyes enterradas a costa de dólares; va a cerrar la espita de muchas concesiones de obras y pondrá en verdaderos apuros a bastantes industrias de la periferia. Si McAndrew llegara a la poltrona del Ayuntamiento, muchos negocios se irían a hacer puñetas e incluso mucha gente se vería en aprietos, todos lo sabemos. Sólo nos interesa como rival, en las próximas elecciones, el profesor Benson, al que le dejaremos como siempre que se hinche, que se hinche y luego revienta, pero de una forma honorable para que vuelva a servir en las próximas elecciones. Ya saben, unos homenajes y unos comentarios de prensa diciendo que en esta ocasión el profesor Benson ha estado a punto de conseguir la alcaldía, que ha arañado la poltrona y que es muy posible que en las siguientes ocasiones, cuando el alcalde Donovan esté más quemado, lo consiga. Ésta es nuestra política y hasta ahora ha salido bien, pero McAndrew es cosa diferente. Los ecologistas están ganando votos en todo el mundo y eso, en parte, es culpa de

las idioteces que los hombres como usted, Donovan, cometen.

Tras una acusación tan clara y rotunda, Donovan carraspeó. No podía replicar como hubiera deseado. Cual quiera de aquellos hombres podía borrarle de su puesto de un solo manotazo, por ello, revistiéndose de humildad, preguntó:

—¿Y qué puedo hacer yo frente a un fanático de las plantas, como McAndrew?

—Ganarle con sus propias armas. Existen algunas áreas de casas en ruinas, expropíenlas y hagan parques naturales. Sí, Donovan, desde esta semana hasta el día de las elecciones, tiene usted que salir, por lo menos, una vez a la semana, en la prensa y la televisión, rodeado de árboles, plantas, niños y algún que otro caballo, perro o pavo real, lo que se le ocurra. Estruje su imaginación, meta la cabeza aunque sea dentro de un acuario para que se vea que ama hasta a los peces. La ecología es lo que está de moda, que no se le vaya a olvidar.

—Pero, hacer jardines, plantar árboles, dar auge a las asociaciones para la protección de animales y plantas con donaciones del Ayuntamiento, es caro, representa mucho dinero.

—Descuide, Donovan, habrá unos cuantos millones para esos asuntos si la asamblea está de acuerdo. Quien no lo esté, que levante la mano.

A la pregunta de Howard Down, presidente del Business Men Club y también presidente del consejo de administración de la cadena de televisión CTVC, nadie respondió negativamente.

Howard Down asintió con la cabeza y volviendo a mirar a Donovan, dijo:

—¿Lo ve? Tendrá un presupuesto para esos gastos, se le pagará en forma de crédito bancario y también de donaciones. Ya veremos la forma de que todo parezca que es una idea genial y luminosa suya. Se va a mover entre lo verde y si hace falta comer alfalfa, la comerá.

—Sí —admitió el alcalde Donovan, tragando saliva.

Se daba cuenta de que su puesto peligraba. Si caía en desgracia, era muy posible que antes de que pudiera escribir sus memorias muriera a consecuencia de un fatal accidente automovilístico o, por lo menos, así lo creería todo el mundo, aunque la realidad fuera otra.

Eso sí, se le garantizaría un buen entierro, un entierro por todo lo alto.

—Howard Down, el ecologista, es nuestro problema número uno. Hay que quitarlo de en medio, pero sin tocarle un solo cabello por el momento; no vamos a hacer un mártir de él. Hay que ponerle cerco y que fracase cuanto él pueda hacer. Le cerraremos el paso a las cadenas de televisión y a los periódicos, si es posible. En la CTVC ya se ha comenzado ese trabajo. Hay que cavar un foso en torno a su figura y que no pueda moverse. Luego, cuando haya perdido, la gente se olvidará de él viéndole como una quimera irrealizable. Lesterson ha iniciado ya los trabajos para que McAndrew no llegue lejos.

Cuando Howard Down hizo silencio, Lesterson, en otro punto de la gran mesa de herradura, sintió sobre sí todas las miradas.

Lesterson rayaba en los cincuenta y tenía tan escaso cabello que había optado por rasurárselo completamente, al estilo y modo de algunos artistas de la pantalla.

Era un sujeto bajo y fornido, cuellicorto y de ojos muy redondos.

A Lesterson le debían muchos favores todos los que allí estaban; Lesterson traficaba en lo que llamaban «chatarra industrial».

Poseía varias empresas de derribos y otras de compra de coches para desguace, que transformaba en bloques de hierro prensado con su maquinaria pesada. Debido a la clase de negocios que llevaba, estaba en contacto con los demás empresarios y, a la vez, con el mundillo del hampa, especialmente con los traficantes de coches robados.

Se decía que muchos de los autos robados aparecían en talleres camuflados, propiedad de Lesterson, aunque su nombre no figuraba por parte alguna. Allí eran restaurados, repintados, cambiados los números de motor y embarcados para su posterior venta en países en vías de desarrollo o francamente subdesarrollados.

A cambio de los favores que Lesterson prestaba, le habían ayudado a que sus negocios fueran viento en popa. Él era el jefe del grupo de sicarios que se encargaba de eliminar estorbos.

—Mis muchachos han comenzado fastidiando el vivero de la Ecology Association, un vivero de plantas y árboles muy importante que pensaban utilizar para su campaña, plantando por todas partes, lo que atrae a mucha gente. Pero, no lo conseguirán, sus arbolitos

están más muertos que los de la selva de Vietnam. Ha sido un buen golpe, no les quepa duda. —Hizo una pausa, chupó del cigarro que tenía entre los dedos y prosiguió; nadie había hablado mientras tanto—. Como todos saben, Francis J. Farrow, que se había propuesto defender la campaña de McAndrew utilizando la televisora CTVC, de gran prestigio y audiencia, ha sufrido un lamentable accidente. Por consiguiente, el ecologista McAndrew, sin que se le haya tocado un pelo, comienza a tener graves problemas y acabará quedándose solo.

—Existe un inconveniente —medió el mayor Shaper.

Todos le miraron, y el presidente Howard Down asintió con la cabeza para que siguiera adelante con su objeción.

—La chica de la tele ha dicho en el noticiero que se trata de un asesinato y no de un accidente. En consecuencia, la oficina del fiscal se va a interesar por este asunto.

Howard Down creyó oportuno explicar:

—La chica de la tele leyó un anónimo que le llegó escrito con recortes de revistas. Sólo es un anónimo sin fundamento y usted, Shaper, se encargará de que así sea. En esta ocasión operará estrechamente con Lesterson; por supuesto, esto no ha de trascender. Usted, mayor Shaper, tendrá mucho cuidado de que no se le involucre en nada que le perjudique a usted ni al Ayuntamiento.

—Necesitaré datos sobre esa chica de la tele.

A la observación del mayor Shaper respondió el propio Howard Down.

—La chica de la tele se llama Úrsula Croll y era muy amiga de Francis J. Farrow. Él le tenía gran confianza, eso era sabido de todos.

Lesterson añadió:

—Sé que la noche en que Farrow sufrió el desgraciado accidente de automóvil —dijo, matizando muy sarcástico—, esa chica estaba en su chalet, un chalet cuya existencia ignoraba la mujer de Farrow.

—Comprendido —admitió el mayor Shaper—. Después me dará más detalles, este asunto será solventado en breve plazo.

Donovan, enfático y conspicuo, dijo entonces:

—Es seguro que volveremos a ganar las próximas elecciones. Si la gente quiere verde, le daremos un poco de verde. Eso sí, que los

chicos de la prensa se tomen en serio eso de hablar de árboles y pajaritos. Mañana mismo le regalaré una gran pajarera a mi hija, es su cumpleaños, pero eso sí, que los muchachos de la CTVC estén allí para filmarlo, ¿eh?

—No sea idiota, Donovan —gruñó Howard Down—. Si quiere hacerlo bien, regale animales que no estén enjaulados.

—¿Animales no enjaulados?

—Sí. Regáله, por ejemplo, una familia de cisnes.

—¿Cisnes? Si no tengo ningún lago en mi casa...

—Pues llame a una de esas empresas que construyen lagos artificiales. Creo que hay unos japoneses que los hacen muy bonitos y, antes de una semana, puede tener su lago para los cisnes. Así habrá ocasión para ser filmado dos veces.

—Y mientras no tengo ese laguito en mi jardín, ¿dónde meto los cisnes?

—No sea estúpido, métalos en la bañera o en la fuente pública que hay delante del Ayuntamiento.

—Eso me parece bien, así irán muchos niños a verlos. Por cierto, ¿y dónde puedo comprar los cisnes?

CAPÍTULO V

—¿Te importa que vayamos en tu coche?

Úrsula posó sus grandes ojos dorados en el rostro de Savage.

—¿Adónde vamos?

—Al chalet.

—¿Qué chalet?

—Al nido de amor de Francis J. Farrow.

—¿Ir allí, ahora? —inquirió, atragantándose.

—Sí.

—Es muy tarde, de noche...

—¿Tienes miedo?

—¿Yo miedo, después de lo que he hecho?

—Por eso estoy seguro de que seguirás adelante. Has sido valiente al leer el anónimo frente a las cámaras de televisión.

—Estoy a punto de ser cesada en mi trabajo.

—No te apures, la CTVC no es la única televisora del país y cuando descubramos el pastel no te faltará empleo.

—Nadie va a creer lo que Francis Farrow me contó en confidencia personal. El consejo de administración de la CTVC le obligaba a impedir la promoción del candidato ecologista. Eso le puede hacer mucho daño a la emisora, tiene, o tenía, un gran prestigio como un medio de información sincero.

—Lo era, por ello fue asesinado Farrow. Ahora, con Huggins, es posible que no lo sea, pero haremos que todo se descubra, que los asesinos vayan a parar a la corte.

—No será fácil. En cuanto a McAndrew, teniendo como rival al alcalde Donovan, nada podrá hacer, porque él está protegido por los que tienen sus dólares aquí.

—No siempre gana el dólar. Cada persona, un voto. Por mucho que gasten en favor de Donovan, si se deja bien claro quiénes le apoyan, por qué y a costa de qué medios, es posible que todo ese

dinero no sirva para nada.

—Confías demasiado en la gente que irá a votar, Savage.

—Sé que los medios de información, las campañas orquestadas con muchos mítines, *majorettes* y bandas de música, manipulan y aborregan a la gente que ha de votar. Los votantes son confundidos, en ocasiones, por una mala información, una información distorsionada y falseada; si se le da información sincera, con pruebas, datos, fechas, nombres, el votante es entonces un ser libre que, en conciencia, dispone de su voto y lo utiliza sabiamente en bien suyo y de su comunidad, es decir, en este caso, de la ciudad. A mí, particularmente, me importa poco que salga elegido uno u otro, yo no voy a inclinar la balanza en favor de nadie, pero trataré de esclarecer el asesinato de un amigo, de alguien que compró muchos de mis reportajes. ¿Está clara mi postura, Úrsula?

—Sí, vamos.

Salieron del apartamento de Úrsula donde habían cenado frugalmente de lo que encontraron en el frigorífico de la chica de la tele.

En el ascensor descendieron al *parking* subterráneo. Úrsula miró en derredor, recelosa. M.

P. Savage

se percató de ello y la tranquilizó.

—Esos dos no están por aquí, se habrán ido a lloriquear, primero a algún lugar donde les sirvan bebida y después a quienes les hayan pagado, porque tendrán que justificarse por no haberte secuestrado.

—Crees que estoy en peligro, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. No sé hasta qué punto pueden considerarte un personaje molesto; quizá se limiten a asustarte un poco.

—Después de conocer la verdadera cara de Huggins, el nuevo director, no me echaré atrás.

—¿Es por venganza personal ante un tipo antipático?

—No, es porque ese tipo va a hundir el prestigio de los noticieros informativos de la CTVC. El canal de televisión corre peligro en manos de ese hombre, que sólo será un pelele a merced de unos intereses que no apoyan la verdad.

—De acuerdo, así me gusta más, porque yo no ayudo a nadie a llevar a cabo una venganza personal. ¿Me das las llaves?

—¿No has traído tu coche?

—Iremos en el tuyo —respondió, algo evasivo, Savage, que seguía con la mano tendida hacia la joven.

Ella sacó las llaves de su bolso *unisex* y se las entregó.

Instantes después, el «Mercury» Bobcat de tres puertas, salía del *parking* subterráneo.

M. P. Savage condujo suavemente el coche de Úrsula. Mientras, ella le fue dando detalles de cuánto Farrow le contara antes de ser asesinado. Savage le agradecía su sincera confesión, pues sabía que Úrsula no se lo había contado a nadie, antes.

—Pueden acusarte de no facilitar tu testimonio a la ley.

—Es cierto, pero si llego a decir que lo vi todo, ahora estaría en la Morgue.

—Es muy probable —admitió Savage, saliendo de la ciudad por una de las amplias autopistas.

Condujo el «Mercury» Bobcat hacia la urbanización donde la muerte se había llevado a Francis J. Farrow.

Subieron las empinadas calles de la colina en la que se ubicaban los pequeños chalets, construcciones modestas, pero confortables y coquetonas.

Los faros iluminaron el *cottage* que se había quedado sin gran parte de su porche al cargarse el automóvil de Farrow la columna de sostén.

Savage hizo subir el «Mercury» por la misma pendiente por la que descendiera el coche de Farrow en el que, por lo que ya sabía, le habían introducido muerto. El «Mercury» hizo roncar su motor, la pendiente era pronunciada. Al fin, arribaron al chalet propiedad de Farrow y Úrsula se apresuró a decir:

—Hay luz.

—Es cierto —admitió Savage.

Hizo virar el coche en dirección contraria para no ser descubiertos. Detuvo luego el auto y apagó las luces.

—¿Quién crees que pueda haber dentro?

Úrsula vaciló y luego dijo:

—Quizá la policía. Después de lo que he dicho por el noticiero de la tele, es posible que algún inspector haya decidido investigar.

Savage consultó su reloj y opinó:

—Son las tres de la madrugada, me parece un poco tarde. Es posible que la policía venga mañana.

—¿Entonces...?

—Será mejor que te quedes aquí; yo iré a dar un vistazo. No enciendas las luces ni hagas ruido. Si ves que ocurre algo raro, pon el coche en marcha y lárgate, ¿comprendido?

—¿Irme y dejarte aquí?

—Sí.

—Eso no es justo, yo te he metido en este lío, porque fui yo quien te llamó. Pensé que sólo un hombre libre y honesto como tú podía tratar de aclarar esta situación. La gente de aquí está demasiado comprometida y ni siquiera podía pedirle ayuda al ecologista McAndrew, porque me hubiera respondido que él no sabía nada y que involucrarse, ahora, en un pleito de sangre comprometería su campaña.

—La verdad, Úrsula, ese McAndrew me parece un hombre honesto. Olvida lo que es justo o no. Tú eres una posible víctima. Si te sucede algo, la justicia habrá perdido su testigo de cargo, el elemento más importante para castigar a los culpables del asesinato. Déjame hacer a mí. ¡Ah! Si ves aparecer a un gigante de raza japonesa, no te asustes, es mi amigo Ricky. Con él puede que venga un portorriqueño bajito y poca cosa, pero que vale mucho, ése es Juanito Chancleta, el reportero gráfico.

—¿Vendrán ellos aquí?

—Es muy posible —respondió, sin darle más explicaciones.

Se alejó del «Mercury» aprovechando la semioscuridad y acechó el chalet a través de una de cuyas persianas escapaba luz.

Como un visitante furtivo en la noche, Savage buscó la mejor forma de subir al piso y optó por trepar a un árbol. Desde éste se lanzó a la baranda de la terracita que daba a la habitación principal, es decir, a la alcoba de la que salía luz.

Sus manos se atenazaron al borde de la baranda como si fueran garfios. A distancia, y gracias a las paredes blancas del chalet, Úrsula pudo verle balanceándose en el aire.

Arriesgándose a ser descubierto, Savage subió a la terraza y montó a horcajadas sobre la baranda. Pasó luego a la terraza pegándose a la pared y con sigilo se acercó a las puertas de librillo, procurando que su figura no quedara al contraluz exterior y pudieran verle.

La estancia estaba tenuemente iluminada por una claridad

rojiza. Habían colocado un papel de celofán rojo alrededor de la bombilla; Savage supuso que era para crear un ambiente más propicio para el intercambio amoroso.

Clavó su mirada a través de la persiana. Al otro lado había una cortina fina y transparente y, pese a todo, descubrió sobre la cama a una pareja haciendo el amor con mucha efusión. La mujer parecía algo mayor que el joven.

Savage sonrió, sarcástico; no cabía duda de que aquélla era la afligida y respetable viuda Farrow.

Se apartó de la ventana. El no era ningún mirón al uso y le importaba muy poco lo que pudieran estar haciendo.

Úrsula estaba suficientemente lejos, y entre unos árboles resultaba difícil verla, pues las luces del coche estaban apagadas; no obstante, la chica debía estar observando a través de los cristales cuanto ocurría.

Savage iba abandonar la terracita, cuando un nuevo vehículo hizo roncار su motor a causa de la fuerte pendiente que conducía al pequeño chalet situado en lo alto de la colina, casi en los límites de aquella urbanización encarada con el océano.

El coche que acababa de llegar era un «Ford» Taunus 2300. No disimuló su objetivo y aparcó delante mismo del chalet. De inmediato se abrieron las puertas de par en par y se apearon cuatro hombres.

Uno de ellos sacó un juego de ganzúas del bolsillo y se enfrentó con la cerradura que no aguantó ni medio minuto. Después, los cuatro hombres se adentraron en el chalet.

La sorpresa iba a ser muy desagradable para los dos amantes, tan embebidos en sus juegos de amor que no se percataron de nada.

Savage volvió a acercarse a la persiana de librillo. Sacó una micromáquina de fotografiar y tomó un par de instantáneas a los dos amantes, que lo estaban pasando en grande.

No era aquella clase de fotografías las que gustaba hacer a Savage, pero estaba haciendo un reportaje a fondo y tenía que acumular material gráfico. Ya llegaría el momento de seleccionar lo mejor, para ser publicado o pasado por televisión.

Se abrió violentamente la puerta del dormitorio.

La pareja, sorprendida en el lecho, brincó sobre él. La mujer dio un gritito mientras ocultaba su desnudez. El joven, un rubio con la

cabeza llena de rizos, tampoco quiso salir de la cama; las cosas se habían puesto muy feas para él.

—Buenas noches, señora Farrow —saludó uno de ellos, que ocultaba su calvicie total bajo un sombrero.

Era un hombre cuellicorto y fornido, de estatura media. Savage no le conocía, pero supuso que era alguien que se movía en negocios accesorios.

—¿Quién es usted, qué quiere? —balbució la mujer.

—De modo que tenía usted un amante, señora Farrow —silabeó Lesterson, hundiendo las manos en los bolsillos.

—¡Eh, oigan! Yo conocí a esta fulana hace sólo unos pocos días. Ella me dijo que...

—¡Cállate, Jeffrey! —ordenó ella.

—Sí, es mejor que te calles.

La situación de los dos amantes, desnudos dentro de la cama y medio ocultándose como podían, no era muy digna.

—Yo me largo —rezongó el joven con aspecto de querubín.

Uno de los dos individuos que entraran en la habitación con Lesterson, pues el que faltaba permanecía en el *living* del chalet, se acercó al joven y le propinó un revés que lo hizo dar tumbos por la habitación; no obstante, su amor propio, del que debía quedarle algo, le hizo rebelarse.

Cuando quiso replicar, desnudo como una lombriz como estaba, el que se hallaba a la izquierda de Lesterson desenfundó una pistola que ya llevaba equipada con silenciador y le apuntó.

Al ver el ojo mortífero de la automática, Jeffrey van Nappy se paralizó.

—No irá a disparar, ¿verdad?

—No, si no te lo buscas.

Lesterson se encaró con el joven, que seguía desnudo delante de todos y le ordenó:

—Métete en la cama.

—¿Para qué?

—Sólo quiero verte dónde estabas.

El joven, encañonado por la pistola provista de silenciador, prefirió obedecer y entonces, el que le había propinado la bofetada, cogió la sábana y la arrancó de un tirón.

—¡No! —gritó Mildred Farrow.

Lesterson había sacado una pequeña cámara de fotografiar y tomó tres o cuatro instantáneas. En un par de ellas, la viuda Farrow se cubrió el rostro con las manos.

—Tú —dijo Lesterson al que empuñaba la pistola— apúntale al ombligo y si no se destapa la cara, a ver si aciertas en la diana.

La mujer dejó visible su enrojecido rostro y tuvo que aguantar que le hicieran más fotografías junto a su amante.

—¡Esto es humillante, esto es calumnioso, esto es...!

—Esto es una porquería, señora Farrow; claro que a mí me importa poco que usted celebre el funeral de su marido metiéndose en la cama con su amante.

—¡Tenía derecho! —Chilló, de pronto, Mildred Farrow, envalentonándose—. ¡Francis se compró este chalet sin decirme nada, para utilizarlo como nido de amor! Sé que aquí traía a sus malditas furcias para acostarse con ellas y yo sin enterarme de nada y encima se mata al salir de aquí, seguramente después de yacer con una de ellas. Acostarme con este imbécil es mi venganza.

—Ya lo has oído, eres un imbécil —se burló Lesterson.

—Tengo amigos abogados que solucionarán esto. ¿Alguien tiene un cigarrillo?

—¿Os habéis dado cuenta? Ahora, el chico se las da de frío —rezongó Lesterson a sus hombres.

—¿Qué van a hacer, asesinarme? Yo no he hecho nada, sólo acostarme con esta tía.

Lesterson preguntó:

—¿Cuánto te ha pagado?

—¡No le he pagado! —protestó ella.

—Todavía no, pero ya pagará.

La viuda Farrow se derrumbó y, ocultando el rostro con las manos, comenzó a sollozar convulsivamente.

—Soy una estúpida, una estúpida. Quería vengarme de Francis y la venganza no sirve de nada...

—Tú, muestra los brazos, el pliegue de los codos —ordenó Lesterson al joven.

—¿Por qué?

—Es para ver si te drogas.

—¿Yo drogarme? ¡Bah! Sólo algún porro de vez en cuando; marihuana, simplemente.

—Eres un puerco como todos los de tu ralea, un macarra.
—¡Yo no soy un macarra, soy un estudiante!
—Enseña los codos —exigió Lesterson.
—Está bien. Miren, no me inyecto drogas duras. ¿Satisfecho? —
inquirió, después de mostrar sus brazos.
—Bien. Ponte la camisa y los pantalones, nos vamos.
—¿Adónde?
—A la mierda. ¿Te parece bien?
—No, no me parece bien, pero si no queda otro remedio.
—Señora Farrow —dijo Lesterson mientras el amante se vestía
—, usted quédese aquí tranquila que no le sucederá nada mientras
se porte sensatamente, entiéndalo. No querrá que ciertas fotografías
salgan en revistas de esas de escándalo, ¿verdad? Ya imagino los
titulares:

«La desconsolada viuda celebra el entierro del director de la
CTVC acostándose con su macarra»

Estoy seguro de que muchas revistas sensacionalistas pagarían
un buen puñado de dólares por publicar semejante noticia.

—¿Van a chantajearme? —preguntó la mujer, con los ojos
húmedos de lágrimas.

Lesterson se rió sordamente, empequeñeciendo sus ojillos
redondos.

—¿Tenemos cara de chantajistas?

—¿Adónde me van a llevar? —inquirió Jeffrey, nervioso—. Si
me dan una paliza, más tarde o más temprano me cobraré lo que
me hagan.

—¿Una paliza? No, no hace falta. En marcha, rubito.

A punta de pistola sacaron al infeliz Jeffrey del chalet y lo
metieron en el «Ford» Taunus 2300 no sin mirar antes en derredor
por si alguien podía estar observándoles. A nadie se le había
ocurrido mirar en la terraza donde Savage lo había visto y oído
todo.

En principio, tampoco dieron importancia al «Mercury» Bobcat
de Úrsula, mas Lesterson se lo quedó mirando y le dijo algo a uno
de sus hombres que, andando, se acercó al coche de Úrsula.

Savage vigilaba desde lo alto, a punto de intervenir.

Se produjeron unos momentos de gran tensión.

Moses P. Savage ignoraba la forma en que podía reaccionar Úrsula Croll al ser descubierta y también ignoraba lo que harían aquellos tipos armados que irrumpieron en el chalet, fastidiando la celebración de la viuda Farrow, una celebración ciertamente original, impulsada por el despecho y el afán de venganza.

Si Mildred Farrow hubiera sido una mujer de mediano furor sexual habría sabido hacer feliz a su marido y éste no habría necesitado montar su nido de amor para llevar a él a otra clase de pájaras.

Aquel tipo estuvo dando vueltas al coche de Úrsula. Se pegó a los cristales y observó dentro. Volvió sin prisas y le dijo a Lesterson, muy tranquilo:

—No hay nadie.

—Vámonos, entonces.

Todos desaparecieron dentro del poderoso «Ford» Taunus 2300.

Savage saltó de la terraza al jardín y luego salió a la calle. Descubrió a Úrsula que salía de detrás de un arbusto.

—¿Úrsula, cómo estás?

—Bien. He abandonado el coche después de que se han metido en el chalet. He pensado que podían venir a husmear en mi coche.

—Pues has acertado.

—¿Qué es lo que ha sucedido, en realidad?

—Ahora lo sabrás. ¿Te molesta visitar a la señora Farrow?

—¿A la señora Farrow? —repitió, sorprendida.

—Sí.

—Pues... —vaciló.

—No temas, yo estaré contigo. Ella estará ahora completamente desmoralizada, creo que ha perdido el rumbo y hará falta ayudarla un poco.

—Es que yo...

—Lleva la verdad en la boca y no sucederá nada... ¿Vamos?

—Está bien —aceptó con un suspiro.

Fueron de nuevo al chalet. Tenía la puerta abierta, aunque ajustada. Entraron y subieron por la escalera, la puerta del dormitorio había quedado abierta.

—¡Señora Farrow!

La viuda Farrow no estaba en la cama. En el cuarto de aseo

había luz y la puerta se hallaba entreabierta.

Savage miró a Úrsula y ésta comprendió lo que el hombre le pedía. Abrió la puerta del baño.

—¡¡Savage!! —gritó, al ver la sangre que salpicaba suelo y paredes.

Savage irrumpió de un salto en el cuarto de aseo. La viuda Farrow se hallaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra las baldosas de la pared. Tenía los ojos abiertos y los miraba sin decir nada. Había cortes en sus muñecas por los que manaba sangre.

Savage se acercó a los brazos femeninos y los atenazo con sus manos. Apretó hasta cortar la circulación e impedir que saliera más sangre por los cortes.

—¡Vamos, Úrsula, unas medias, rápido, hay que hacerle un torniquete!

—Sí, sí...

La muchacha abrió una cómoda y sacó apresuradamente unas medias nuevas. Se las entregó a Savage, que ordenó:

—Átaselas por encima de donde están mis manos y aprieta fuerte. Si cortamos la hemorragia todo será más fácil.

Úrsula Croll obedeció y la hemorragia fue cortada. Savage buscó en el botiquín del cuarto de aseo; era uno de esos botiquines que ya se vendían completos para que quienes los compraran no tuvieran que preocuparse en adquirir lo más indispensable.

Savage tomó vendas y vendó los tajos de las muñecas mientras pedía a Úrsula:

—El vestido, nos la vamos a llevar ahora mismo, hay que conducirla a una clínica.

—Dejadme morir —suplico, con voz débil, Mildred Farrow.

—Señora Farrow, no tiene por qué morir. La noche que Francis vino aquí no hizo nada que la pudiera dañar a usted.

—Sí, sí, me engañó, estuvo con otra mujer... —replicó, sin fuerzas.

Le faltaba sangre, aunque habían llegado a tiempo de que el cerebro no resultara dañado por falta de riego sanguíneo.

—Señora Farrow, yo estuve aquí con su marido y le juro que no hicimos nada de lo que usted piensa.

—Úrsula, tú, tú, la chica de la tele, ¿tú fuiste la que estuvo aquí?

—Sí, y le juro por lo que usted quiera, que no hicimos nada. A su marido lo asesinaron, señora Farrow, lo asesinaron.

—No podemos perder tiempo, hay que llevarla al coche y a una clínica.

Savage la tomó en brazos y salió corriendo con ella.

Úrsula le siguió, apagando las luces y cerrando la puerta del chalet, de un portazo.

Mildred Farrow cerró los ojos mientras el auto rodaba a gran velocidad por aquella misma pendiente donde pocos días antes el coche de Francis J. Farrow había descendido hasta estrellarse contra el porche de uno de los chalets, destruyéndolo.

CAPÍTULO VI

Se abrió la puerta del despacho del ecologista McAndrew. Allí tenía instalado su cuartel general para comenzar la campaña en busca de la poltrona de la alcaldía para que pasara a los ecologistas, es decir, a los amantes de la Naturaleza, a los que deseaban un mundo más habitable, rechazando la brutal especulación del suelo.

Daniel McAndrew, con su rostro casi mesiánico, de barbita recortada y profundos ojos castaño claros, miró al hombre que entraba en forma tan directa en su despacho.

—¡Ah! Usted es Savage.

Ricky y Juanito Chancleta acompañaban a Savage y los tres entraron en el despacho. Savage no se entretuvo en cumplimientos y le soltó, a boca de jarro:

—Su vivero fue atacado criminalmente por un defoliante.

—Lo sé.

—¿Y no hace nada?

—¿Qué puedo hacer?

—¿Ha hecho la denuncia?

—Sí. Me han dicho que investigarán, pero que es muy difícil averiguar tal cosa. Si hubiéramos visto alguna avioneta o helicóptero fumigador o dispersor de productos pesticidas o similares...

—Lo debieron hacer por la noche, pero nadie pudo oír ningún avión.

—¿Hay otra forma de hacerlo?

Juanito Chancleta explicó:

—Con un buen *jeep* cargado de producto y una bomba de aspersión. Se le coloca un tubo, cuanto más alto mejor, y se circula por el vivero creando una pulverización fina y potente a la vez.

—Es posible, pero ¿cómo demostrar eso?

—Hay que hacer algo, McAndrew —le espoleó Savage.

—Si sugiero tal cosa, nadie se lo va a creer; dirán que es pura demagogia, que se nos han muerto los arbolitos porque ni siquiera sabemos cuidarlos.

—¿Ha leído el periódico de hoy?

—Sí, ya sé que el Ayuntamiento Donovan ha destinado una parte del presupuesto para repoblar una plaza. Han comprado árboles.

—Sí, y se hará unas cuantas fotos con ellos, y mañana aparecerán en todos los periódicos y en las televisoras. McAndrew, si no se mueve, Donovan se le va a comer el terreno y lo está haciendo en forma sucia.

—Lo admito, pero yo soy incapaz de utilizar sus mismos métodos. Yo no podría matar a uno de sus arbolitos para fastidiarle la promoción política.

—Me gusta oírle decir eso, McAndrew. ¿Sabe también que su amigo Francis J. Farrow, que también fue amigo mío, murió asesinado porque le exigieron que no le ayudara a usted en su campaña y él se negó a aceptar tales órdenes?

—Oí algo de que se sospechaba que había sido asesinado, pero esto que me acaba de decir..., ¿es verdad?

—Sí.

—¿Lo sabe la policía?

—Creo que es usted un poco inocente, McAndrew. Antes de entregar las pruebas al fiscal, hay que atar muchos cabos o se perderá todo.

McAndrew suspiró, se llevó la mano a la frente y pálido, con gesto preocupado, dijo:

—Estoy haciendo una campaña para conseguir la alcaldía para los ecologistas porque creemos que hay que hacer una ciudad más habitable, más agradable para los ancianos y los niños. Hay que impedir que el nerviosismo, el *stress*, nos corroa a todos. Sé que todo no se puede ya remediar, que hay que pagar un tributo al progreso, pero algo sí se puede hacer y si reducimos cuánto es nocivo, por lo menos en un cincuenta por ciento, habremos ganado muchísimo, ya, que de no hacerlo, este nivel de contaminación irá en aumento cada año hasta que al final viviremos en un basurero sobre un suelo de asfalto.

—Le comprendo. Yo jamás apoyo la campaña política de nadie

pero me gustan los ecologistas. Si ustedes ganan, mejor, pero hay que jugar limpio. De momento, deben concienciarse de que deben luchar y que los del Business Men Club están con Donovan. Eso significa dinero y luchar contra el *money* es muy difícil.

—Nosotros lucharemos, Savage, se lo aseguro. De momento, hemos organizado un mitin en el *Round Gardner*. Caben cincuenta mil espectadores; no sé si seremos cuatro gatos o se llenará. Luchamos con nuestras armas, es decir, con un programa que pensamos llevar a cabo y no nos comprometemos con nadie. Si vencemos, no deberemos nada a nadie.

—Entonces, nos volveremos a ver en el mitin del *Round Gardner*. ¡Ah! Si su presupuesto se lo permite, pongan una pantalla gigante de televisión, conectada a un magnetoscopio.

—¿Un magnetoscopio, para qué?

—No estoy seguro aún, pero si pueden, háganlo. Es posible que ese mitin tenga más difusión de lo que ustedes suponen.

—Savage, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Naturalmente. Los reporteros solemos hacer muchas preguntas y debemos aceptar, también, que nos las hagan a nosotros. ¡Ah! Si ve a mi amigo Ricky cerca de usted, es que está para protegerle.

—Gracias, pero no quiero guardaespaldas.

—Martin Luther King tampoco los quería y un francotirador lo mató en Memphis un aciago cuatro de abril de 1968. Tómelo como ejemplo, aunque sea un personaje distinto a usted.

—Todavía no me ha dicho por qué desea ayudar a los ecologistas.

—Farrow fue asesinado y era mi amigo. Alguien se empeña en que su muerte parezca un accidente pero no lo van a conseguir. Por cierto, ¿cómo está el vivero?

—Pues... —vaciló—. Lavamos los árboles con un detergente especial biodegradable y después lo regamos profundamente.

—¿Y?

—Pues, parece que hemos salvado gran parte del vivero.

—Lo celebro. Matar árboles es como empezar a cavar la fosa para la Humanidad.

—Es cierto. Como dijo Michel Bosquet, la Humanidad ha necesitado treinta siglos para tomar impulso; ahora le quedan treinta años para frenar antes del abismo.

—Cuando haga su mitin, no olvide pedir a todos que se mentalicen de que todo ser humano tiene dos patrias: una, la suya propia y la otra, el planeta Tierra. Esto último es algo que olvidan muchas veces los que manejan determinadas multinacionales.

Se despidieron, estrechándose las manos y los tres budokas abandonaron el cuartel general de los ecologistas, donde podían verse plantas por todas partes.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Juanito.

—A comer algo, he visto un *snack* cerca.

—¿Sólo, sólo un *snack*? —se lamentó Ricky, con su habitual tartamudeo.

—Sí, un *snack* —asintió Savage.

Cuando en el *snack* bar vieron entrar a Ricky, todos se lo quedaron mirando. Sus dos metros diez de altura y sus ciento ochenta kilos de peso impresionaban al tipo más frío.

Ricky se encaramó a uno de los taburetes fijos que poseían un muelle que cedía según el peso del cliente para que éste se sintiera cómodo. Al sentarse Ricky sobre aquella especie de seta de sombrero rojo, ésta se hundió hasta el tope.

El mozo del gorrito blanco se les acercó y preguntó, dubitativo:

—¿Van a tomar algo?

—Queremos comer unos platos combinados y, una cosa —le advirtió Savage.

—¿Sí?

—De lo que pidamos, a mi amigo Ricky le sirve tres raciones. Si se queda con hambre se pone nervioso y no se fíe de la cara sonriente que trae; cuando está hambriento, es terrible.

—Sí, sí, claro.

Comenzaron a comer y el mozo que les servía no le quitaba ojo de encima a Ricky.

Mientras tanto, conectó el aparato de televisión y coincidió con el canal de la CTVC.

Una mujer que no era Úrsula, tras una ráfaga de publicidad, se dispuso a leer una noticia de avance.

—Nuestros redactores han conseguido averiguar que es cierto lo que se insinuaba en un anónimo que se recibió en esta emisora y que fue leído, a su debido tiempo, como ustedes recordarán. Nuestro malogrado director Francis J. Farrow, efectivamente, fue

asesinado. Gracias a una intensa labor de investigación de la que no podemos dar más datos aún, ha sido capturado el asesino. En poder de la policía obra una confesión suya sobre lo sucedido.

»El homicida, confeso pero todavía no convicto, se llama Jeffrey van Nappy y tiene veintiséis años de edad. Al parecer era amante de la viuda Farrow; lo que se ignora es desde cuándo mantenían estas ilícitas relaciones. Por lo visto, el citado Jeffrey van Nappy decidió desembarazarse del marido de su amante y por ello cometió el crimen que todos repudiamos.

»También se ha sabido que el asesino era habitual de las drogas, pues tiene huellas de pinchazos. En estos momentos se halla en coma, en estado muy grave, en el Hospital Municipal tras haberse inyectado una sobredosis de heroína, después de ingerir un exceso de alcohol. Se supone que se trata de una tentativa de suicidio. La ciencia está haciendo lo humanamente posible para salvar su vida. Hasta aquí, una noticia de avance que acaba de ofrecerles el canal más informativo de la Unión».

Al tiempo que volvía una ráfaga musical, la locutora desapareció.

Savage comprendió que aquella noticia daría mucho que hablar en toda la ciudad, pero él sabía perfectamente que cuánto acababan de decir para justificar el crimen de Farrow era falso.

—Seguid comiendo, tengo que irme.

—Y nosotros contigo —respondió Juanito Chancleta.

—No, seguid comiendo, ya os llamaré. ¡Ah! Revela todo lo que conseguiste filmar ayer con el teleobjetivo.

—De acuerdo.

Savage salió a la calle y detuvo un taxi, dejando el gran «Daymio» para Ricky y Juanito.

CAPÍTULO VII

Úrsula Croll daba vueltas en su cama, presa de una agitada pesadilla.

El dormitorio estaba sumido en la oscuridad, la persiana se hallaba totalmente bajada y encima estaba corrida una gruesa cortina de arpillera anaranjada.

La joven había vivido con agitación e inquietud los últimos y desagradables acontecimientos. El asesinato de Farrow, el puesto que había perdido como «chica de la tele», circunstancia que varios periódicos habían comentado, el intento de suicidio por parte de la viuda Farrow que permanecía internada en una clínica, sin que la noticia se hubiera dado a la publicidad. Mildred Farrow estaba ya fuera de peligro.

En un mundo de negros y rojos, Úrsula se veía perseguida por sombras blancuzcas que la acosaban, unas sombras humanas que no alcanzaba a ver con claridad pero que la perseguían implacablemente.

Una de aquellas sombras sacó un arma extraña, casi de ciencia ficción, y la encañonó con ella. Úrsula Croll se volvió para mirarla, asustada. No sabía quién era, pero estaba segura de que quería dañarla, exterminarla. Aquel ser apretó el gatillo...

Ding, dong... Ding, dong... Ding, dong...

—¡Ah, ah! —exclamó incorporándose en el lecho, asustada ante lo que creía una muerte cierta.

Ding, dong... Ding, dong..., volvió a sonar, claramente, en su cerebro.

Bruscamente, Úrsula identificó aquel sonido como el llamador de la puerta de su apartamento. Sacudió la cabeza para arrancar de ella los últimos restos de la pesadilla.

Alargó su mano y accionó el interruptor de la luz. La estancia se iluminó con una bombilla de escasa potencia que tenía para

situaciones semejantes, a fin de evitar deslumbrar sus ojos con un exceso de luz.

Tomó una bata y se cubrió con ella, sacudiendo el cabello con un gesto instintivo de coquetería.

Con los pies metidos en unas chinelas fue hacia la puerta cuando volvió a oírse el llamador.

—¿Quién es? —preguntó, a través de la madera, sin fiarse en absoluto.

—¿Señorita Croll?

—Yo misma. ¿Quién es?

—Sargento Mortimer, brigada de homicidios.

De súbito, Úrsula sintió frío, frío en los pies, en el espinazo, detrás de las orejas... Las palmas de sus manos se humedecieron de sudor.

De haberse mirado al espejo se habría dado cuenta de que había palidecido. Puso la cadena en la puerta y abrid dejando solo el resquicio que permitía la cadena.

—Su identificación, sargento —pidió—. Disculpe, pero hay muchos asaltos a domicilios.

—La comprendo, señorita Croll —dijo el hombre que ocupaba con su cuerpo toda la abertura de la puerta.

Úrsula Croll tomó el carnet y comprobó que era cierto lo que le decían. Después de todo, si aquel documento era falsificado, ella no podía comprobarlo.

—Está bien, sargento.

Cerró la puerta para quitar la cadena de seguridad y acto seguido volvió a abrirla, franqueándole el paso. Entonces comprobó que no era un hombre sino dos; iban bien trajeados y se comportaban cortésmente.

—Señorita Croll, deberá acompañarnos.

—¿Adónde?

—No tema, sólo serán unas preguntas. Deberá entregarnos el anónimo que recibió y al que dio lectura ante las cámaras de televisión.

—¿No será suficiente con darles el anónimo?

—No, tiene que acompañarnos. La molestaremos poco, señorita Croll, sólo serán unas preguntas.

—Está bien. Iré a vestirme si aguardan un momento.

—Esperaremos.

En su alcoba, Úrsula no contuvo el impulso de dejar escritas unas líneas en el bloc que se hallaba junto al teléfono. Después, se vistió, se peinó ligeramente y cogió su bolso *unisex*, dentro del cual llevaba el anónimo.

Salió al saloncito donde los dos agentes aguardaban sentados en el sofá, fumando sendos cigarrillos.

—Vamos.

Abandonaron el apartamento.

En la calle, medio subido sobre la acera, estaba el coche de los policías. La muchacha se acomodó dentro del vehículo y preguntó:

—¿Han averiguado algo sobre el asesinato de Farrow?

—Sí, ya tenemos al culpable; ahora sólo se trata de acumular pruebas.

—¿Dicen que lo tienen?

—Sí.

—¿Y quién es?

—Un tal Jeffrey van Nappy. ¿No escuchó las informaciones de la CTVC ayer noche?

—Pues, no, me caía de sueño —confesó—. Tomé unas pastillas y he dormido hasta que me han despertado ustedes.

—Es un drogadicto —rezongó el agente que había permanecido silencioso.

—¿Y cometió el crimen él solo? —preguntó Úrsula frunciendo el ceño, pues ella era testigo de lo ocurrido.

—Parece que sí, pero eso lo dirá él cuando pueda hablar. Ahora está en coma, no creo que salga vivo del asunto.

—¿En coma, le han tenido que disparar?

—No, es un drogadicto y se inyectó un «bombazo». Pasa más veces de las que son de desear —gruñó el policía que normalmente estaba más callado.

—Oigan, por aquí no se va a la estación de policía —observó Úrsula, que conocía bien el distrito.

—Somos de homicidios, señorita Croll, no actuamos como agentes de tráfico.

Úrsula Croll hundió sus hombros, expulsó el aire que contenían sus pulmones y se dejó llevar.

Cruzaron parte de la ciudad y se introdujeron por un barrio nada

recomendable. Allí había edificios en ruinas; otros tenían muy mal aspecto pero estaban habitados.

El automóvil se detuvo delante de la puerta de un almacén con un rótulo despintado en el que aún podía leerse: «CUBAS DE SAN ALEXANDRO».

Tras tocar el claxon, la puerta del almacén se abrió y el auto entró en él. Las puertas volvieron a cerrarse; allí había un hombre, también correctamente trajeado, que era quien se cuidaba de la puerta.

—¿Qué es este lugar?

—Por aquí solía merodear el asesino. Verá, señorita Croll, queremos saber muchas cosas, especialmente los verdaderos motivos que impulsaron a ese asesino a acabar con la vida de Francis J. Farrow. Usted, pórtese bien y no sucederá nada que pueda molestarla.

La hicieron apearse del coche. El almacén era muy grande, tenía estantes para colocar cajas y también cubas gigantescas. Una de ellas, en la parte superior, tenía un molino de rodillo, un cono truncado de piedra. Una cinta transportadora llegaba a él desde el mismísimo suelo.

En aquella cinta debían ir tirando la uva que tenía mal aspecto, para ser vendida; la cinta la elevaría al molino cuya piedra giraba y giraba, machacándola. Después, el mosto pasaba a través de un filtro a la gigantesca cuba de la que deberían llevárselo en camiones cisterna para envasarlo en alguna parte como zumo natural de uva. Sólo faltaría añadirle aditivos conservadores que quizá ya fueran disueltos allí mismo.

—Al altillo, por favor.

Le señalaron una escalera de madera.

El almacén tenía un olor entre agrio y dulzón, todo era algo oscuro y muy sucio. En realidad, el almacén parecía abandonado. Allí no debían quedar ni las ratas, pues no hallarían qué comer.

Subieron los peldaños de madera, que crujió bajo el peso de todos ellos.

Al llegar al altillo abrieron la puerta y dentro se encontraron con un hombre sentado en una silla tras una mesa destartada. Por el cristal opaco de una ventana enrejada entraba suficiente claridad para que no hiciera falta encender ninguna luz artificial.

—¡Mayor Shaper!

—Hola, señorita Croll, veo que me conoce.

—Un periodista que trabaje en la ciudad está obligado a conocer al mayor Shaper, comandante en jefe de la Policía Metropolitana. Además, es usted un hombre singular por su físico, no puede pasar desapercibido.

—Efectivamente, un hombre como yo no pasa desapercibido. Por ello, en ciertas ocasiones, debo tener cierto cuidado. Si los muchachos de la prensa me ven en alguna parte, me siguen.

—Pese a su constante malhumor, mayor Shaper —puntualizó ella.

—Sí, no gozo de la simpatía de los periodistas, como no soy un sujeto que busque promoción pública... Soy un hombre de acción y la ciudad quiere por jefe superior de policía a un hombre de acción que sepa dar los palos que convenga y peinar las calles.

—Y apoyar al alcalde Donovan, porque eso interesa a ambos.

El mayor Shaper sonrió; fue una de las raras veces que él sonreía. Su rostro grande, de mandíbula poderosa, no parecía hecho para la sonrisa.

—Soy el jefe de la Policía Metropolitana, millares de agentes me obedecen, pero también tengo superiores y el principal de ellos es el alcalde.

—Y con el alcalde Donovan le va bien, supongo que no le gustará que lo cambien. No le gustará que llegue un ecologista, por ejemplo.

—Tome asiento, señorita Croll.

—¿Voy a estar mucho rato aquí?

—Depende —respondió ambiguo mientras extraía una pitillera de oro en la que estaba grabada una copia de su primera placa de policía, la que le entregaran nada más salir de la academia, un regalo comprado a escote entre sus subordinados.

—Verá, señorita Croll, aquí queremos que las cosas se resuelvan. No es normal que yo me ocupe de un vulgar asesinato. La brigada de homicidios funciona bien, mis muchachos saben hacer su trabajo, pero hay ocasiones en que la muerte se ceba en alguien que puede estropear un pastel al corromperse. ¿Usted me entiende, señorita Croll?

—Creo que sí y mucho me temo que no puedo ayudarle en nada.

Acabo de entregarle el anónimo que recibí que, al parecer, no gustó al nuevo director de la CTVC que leyera ante las cámaras.

—Es malo leer anónimos ante una cámara de televisión, pueden ocasionar muchos problemas. En ocasiones, se incurre en calumnia.

—Es un anónimo —insistió la muchacha.

—Precisamente. Tratándose de un anónimo, el responsable del mismo es quien lo divulga. Si esto fuera a un proceso por difamación y calumnia, creo que un juez la condenaría, señorita Croll.

—Pues yo creo que no. Después de todo, no se ha difamado ni calumniado a nadie, yo no di ningún nombre.

—Es verdad. Se me olvidaba que usted es una chica muy lista, por eso confiaba tanto en usted el occiso.

—¿Al decir occiso se refiere a Francis J. Farrow?

—Exacto.

—¿Y se encarga usted personalmente de este crimen?

—Verá, un director de televisión no es una persona vulgar. Después de lo que usted leyó por televisión, el fiscal se ha interesado por el asunto, se va a desestimar el veredicto de accidente automovilístico. Varios hombres de la brigada de homicidios investigan en el asunto. Como comprenderá, hay que facilitar las cosas al fiscal.

—Sí, ésa es la labor de la policía.

—Magnífico que lo entienda así. Todo hubiera pasado por un simple accidente de no haber preparado usted ese anónimo.

—¿Preparado yo? ¡Oh, no, mayor Shaper! Yo sólo lo leí.

—Vamos, no me tomará por un imbécil a estas alturas, ¿verdad?

Úrsula Croll lo miró con miedo. Aquel hombre sonreía semicerrando los ojos, la miraba ya como a una víctima sin escapatoria, como el gato a un ratoncito que ya está preso en un cepo del que no puede escapar. Sólo tiene que relamerse antes de desnudar sus uñas para clavarlas en el cuerpo blandito y cálido, sin que el pobre ratón pueda hacer nada para defenderse.

—Sólo puedo declarar que recibí el anónimo dentro de un sobre dirigido a mí y que me lo entregaron en el departamento de correspondencia de la emisora.

—Un sobre que usted se envió a sí misma. Vamos, señorita Croll, usted ha leído cosas semejantes en los *penny-dreadful*^[1], pero

nosotros no somos precisamente idiotas. Usted estuvo con Francis J. Farrow en el *Sport Motel*; dejó allí su coche y se fue con él a su *cottage*. Mientras usted estaba en el chalet, asesinaron a Farrow, todo esto está perfectamente claro y no puede negarlo porque tenemos testigos.

Úrsula enrojeció primero y luego se puso pálida, se sentía acorralada. No tenía escapatoria ante aquel gigante capaz de desnucarla de un simple revés, aquel Shaper que antes de llegar a jefe superior de la Policía Metropolitana debía haber dejado sus puños marcados en el cuerpo de muchos interrogados por él.

—Entre Farrow y yo no hubo nada, puedo probarlo.

—¿Cómo?

—No se lo diré, ahora. Si me lleva a una Corte y hace falta declararlo, lo haré.

—Mire, eso a mí me importa poco, lo que sí podrán demostrar mis muchachos es que usted estaba en el chalet en el momento en que Farrow fue atacado, metido en su coche y lanzado pendiente abajo hasta estrellarse contra uno de los *cottages*. Usted lo presenció todo y no quiso que quedara como un simple accidente.

Eso la honra. Cuando se lo cuente todo al fiscal podrá alegar que en un principio tuvo miedo, pero que luego se decidió a colaborar para que el crimen no quedara impune.

—Está bien, así es —admitió vencida, dándose cuenta de que no tenía otra salida.

—¿Ve cómo nos vamos entendiendo? Sólo es cuestión de paciencia: Este asunto es un poco delicado, puede tener implicaciones políticas, por eso he decidido meter mi mano aunque de forma extraoficial. En realidad, el caso lo llevan mis muchachos.

—De acuerdo. Yo estaba en el chalet, pero no pasó nada entre Farrow y yo, puedo jurarlo, sólo le acompañé y tomamos unos tragos, nada más.

—Si se acostaron o no, ya le he dicho que no me importa, aunque a los chicos de la prensa sí pueda interesarles. Ya sabe que son muy escandalosos; con tal de vender más ejemplares son capaces de decir que está usted embarazada de Farrow.

—¡Eso es una calumnia!

—Si lo dicen, póngales pleito. Aunque les haga pagar una indemnización, a ellos les saldrá a cuenta por los ejemplares que

habrán vendido de más. Todo está calculado, ganancias y pérdidas, abogados e indemnizaciones. Así es de cruel este mundo y usted debería saberlo bien, ya que es nada más y nada menos que la «chica de la tele». ¿Cuántas amas de casa y cuántos muchachitos estarán deseando saber en qué forma hizo usted el amor con el director de la emisora?

—¡Estoy cansada de oír infamias!

—Síéntese, no hemos terminado aún. Usted está implicada en el caso del asesinato de Francis J. Farrow; pudo ser un simple accidente y si usted se empeñó en que fuera un crimen, ahora cargue con las consecuencias. Usted es la testigo de cargo y será un juicio espectacular, prensa del corazón, prensa amarilla, muchos fotógrafos. Estoy seguro de que le ofrecerán buenos dólares para qué pose desnuda en alguna revista y, posiblemente, con el *cottage* de Farrow al fondo. Eso es fácil de solucionar, se proyecta una diapositiva en una pantalla, se coloca desnuda delante y asunto terminado.

—¿Seguirá ensuciándose la boca, mayor Shaper?

Shaper no parecía perder la paciencia; fumaba con parsimonia. Era como si estuviera jugando una partida de ajedrez que supiera ganada de antemano. Tenía que asustar un poco a Úrsula y lo estaba consiguiendo.

—El juicio será rápido y sencillo. Es posible que el asesino no pueda acudir a la corte, está en coma y seguramente no saldrá vivo del hospital. Hay muchos tipos como él que se inyectan sobredosis de droga; son unos malditos viciosos.

—No fue uno, fueron varios, yo los vi.

—Fue uno —puntualizó tajante el mayor Shaper.

—Creo que fueron tres —insistió la joven.

—Está usted confundida, señorita Croll, muy confundida. Es mejor que haga buena memoria y diga la verdad. Fue uno, fue este hombre...

Le mostró una fotografía que todo el tiempo había estado sobre la mesa, boca abajo.

Después de mirar aquel rostro de cabello rubio muy rizado, que en la fotografía mostraba sus ojos abiertos y extraviados, Úrsula denegó.

—No, no fue este hombre.

—Se está usted poniendo pesada. El asesino fue este joven, el amante de la viuda Farrow. Tenemos fotografías de la viuda y ese hombre arrullándose en la cama, unas fotografías escandalosas que pasarán del juez a las manos de los miembros del jurado. Este tipo no tiene escapatoria, no se empeñe usted en complicar más las cosas.

—¡No fue este hombre! —insistió, resuelta.

—Mire, este crimen sólo es un suceso pasional y algo interesado, también hay que admitirlo. El amante mata al marido de la mujer con la que se acuesta porque sabe que ella heredará y podrá vivir, en adelante, de su dinero. Farrow tenía un buen seguro de vida que cobrará su viuda y este sujeto, me refiero al asesino, lo sabía, todo encaja. El veredicto será fácil de acordar y como está en coma, nada, todo resuelto y caso cerrado.

—¡Es que no es así, este hombre nada tuvo que ver! Ustedes lo han escogido como víctima propicia, como cabeza de turco, para tapar con él todo este asunto tan repugnante, pero yo sé mucho más.

—De modo que sabe mucho, ¿eh? ¿Cómo cuánto sabe, señorita Croll?

—Eso lo diré en la Corte.

—Nos obliga a emplear métodos que no nos gustan. Con lo fácil que le sería firmar una declaración señalando a este hombre como el que apareció aquella noche en el chalet y atacó a Francis J. Farrow. Todo iría muy bien e incluso recobraría su puesto de «chica de la tele».

—De modo que usted está conchabado con ellos, ¿no es eso? Usted forma parte del grupo que apoya al alcalde Donovan; por eso mataron a Farrow, para que no ayudara al ecologista McAndrew al que todos tienen miedo.

—¿Miedo a ese «comealfalfa»? —Shaper se echó a reír—. No diga tonterías, sólo queremos que todo vaya bien. Ha habido un asesinato, usted lo ha descubierto y ahora necesitamos un culpable.

—¿Y creen que ya lo tienen?

—Así es.

—¡Pues no seré yo quien testifique contra él!

—Usted testificará contra él y además nos dirá todo lo que sepa, todo lo que le contó Farrow. Y ya que no quiere hacerlo por las

buenas, lo hará por las malas.

—¿Qué va a hacer, golpearme; es eso lo que va a hacer?

—¿Golpearla? Eso sería muy fácil. Una paliza se recibe pronto, hay mucha gente que la soporta bien y no suelta la lengua. Es mejor ver llegar la muerte, poco a poco; entonces, el miedo aprieta los compañeros a los hombres y a las mujeres... Bueno, a las mujeres también les llega el miedo de alguna otra forma. Seguro que hablará, sólo es cuestión de paciencia y a nosotros no nos falta tiempo. Ya sabe que la justicia es lenta. Usted no va a cambiar las cosas, después de todo. Es mejor que colabore y cuando lo haya comprendido así, se verá libre de apuros. Vamos a dejarle la cabeza libre para que piense, nada de aturdir el cerebro con golpes. No recibirá ni uno solo.

—No conseguirá que cometa perjurio, y menos acusando a un inocente.

—Tonterías.

Se levantó e hizo chasquear sus dedos. Los dos sargentos se acercaron a Úrsula y la cogieron por los brazos. Shaper, con un ademán, hizo que dejaran el bolso sobre la mesa.

—¿Qué van a hacer conmigo? ¡No diré nada, nada!

—Verá cómo cambia de opinión y si no, peor para usted.

Sin descender del altillo, la hicieron avanzar por un puente de madera con ligeras barandas que ascendían hasta el molino de piedra.

Úrsula miraba a un lado y a otro, angustiada. Allí no había nadie que pudiera ayudarla, estaba perdida.

Uno de los hombres de Shaper cogió una cuerda y se la pasó por las axilas sin anudarla. Sonriendo, dijo:

—Apriete los brazos hacia abajo o se va a dar un buen golpe.

—¿Qué van a hacer conmigo?

La joven miró el fondo de la gigantesca cuba construida para almacenar zumo de uva. Era una cuba de siete metros de alta por unos cuatro de radio, de gruesa madera de roble, sin fisura alguna, para que no pudiera escapar ni una sola gota de mosto. Abajo había líquido, no más de tres o cuatro dedos.

—Ahora bajará ahí. Cuando quiera hablar, lo dice y la subiremos.

—¡No, no quiero bajar, no quiero! —gritó, aterrorizada.

Le dieron un fuerte empujón. La mujer quiso aferrarse a ellos, mas sus manos sólo sujetaron el vacío. Sintió un violento tirón en el pecho y en las axilas que le produjo tanto daño que ahogó un grito.

Cerró los ojos y se hundió hasta el fondo, propinándose una desagradable costalada. Tendida, medio atontada como estaba dentro de la gran cuba, notó que la cuerda la rozaba, hiriendo su piel, quemándola.

Cuando quiso reaccionar, el cabo de cuerda escapaba hacia lo alto. Quiso asirse a él con sus manos, mas no lo consiguió. Los dedos llegaron a tocarlo, mas la soga subió y subió mientras, arriba, los sargentos que ningún honor hacían al cuerpo al que pertenecían, se reían de ella.

—¡Sáquenme de aquí, sáquenme de aquí, canallas!

Desde lo alto abrieron un grifo y un grueso chorro de agua le cayó encima de la cabeza, empapándola del todo. El miedo comenzó a recorrer el tuétano de sus huesos.

—Cuando el agua le llegue al cuello, empiece a nadar o se ahogará —le dijo el mayor Shaper, que había aparecido en lo alto de la cuba—. Mis hombres saben que cuando el agua llegue al nivel de los dos metros han de cerrar el grifo, de modo que no crea que continuará subiendo. Se va a quedar aquí, nadando, hasta que decida ser sensata. Pero, hasta que el agua le llegue al cuello, todavía habrán de pasar algunas horas. La cuba es muy grande y usted tendrá tiempo de pensar en lo que más le conviene. ¡Ah! Si se ahoga ahí dentro, sólo tendremos que marcharnos, nadie vendrá aquí a buscarla. Este almacén está abandonado. Dentro de unos meses, si es que llegan a descubrirla, sólo será un cuerpo ir reconocible. ¡Ah!, se me olvidaba advertirle que las ratas también saben nadar y no les costará descender por las paredes de madera de la cuba, que para usted sí son insalvables.

—¡No puede hacer esto conmigo, no puede! —chilló Úrsula, pero ya el mayor Shaper y uno de los sargentos se había marchado.

Sólo quedó allí uno que se sentó encendiendo un cigarrillo, dispuesto a montar vigilancia mientras el agua caía a chorro en el interior de la cuba.

El nivel comenzó a subir muy despacio y Úrsula no tenía forma humana de escapar.

Tal como le pronosticara el mayor Shaper, vería llegar la muerte

lentamente, hasta tendría tiempo de enloquecer de horror ante el fin que la aguardaba.

CAPÍTULO VIII

Gracias a la intervención de unos amigos de Ricky consiguieron contratar, durante una noche, un laboratorio artesanal fotográfico en el Chinatown.

El comercio, dedicado a la venta de toda clase de aparatos y material fotográfico, tenía sus escaparates que daban a la calle, protegidos con rejas para evitar los robos nocturnos que tanto proliferaban.

El laboratorio fotográfico estaba ubicado justo encima de la tienda y se accedía a él a través de la escalera comunitaria que se hallaba junto al comercio.

En realidad, el laboratorio fotográfico estaba montado en la primera planta y podía trabajarse en él durante la noche, ya que era independiente del propio comercio, aunque se comunicaba con él a través de un dictáfono.

Juanito Chancleta estaba revelando las fotografías tomadas por él, las filmaciones realizadas con teleobjetivo para no ser descubierto y también las fotos hechas por Moses P. Savage gracias a una pequeña cámara que no era más grande que un encendedor.

Había que acumular el máximo de material gráfico para el reportaje que estaban montando sobre el asesinato de Francis J. Farrow y sus ulteriores consecuencias.

Para conseguir buenas instantáneas o filmaciones, había que quemar mucha película para así poder seleccionar. Para el ágil portorriqueño, el reporterismo gráfico había sido siempre su ilusión y ésta se había podido convertir en realidad al colaborar con Moses P. Savage que conseguía grandes reportajes, reportajes de impacto, de denuncia; reportajes en los que solían jugarse la vida. Sus trabajos estaban muy lejos de parecerse a los que realizaban muchos periodistas que sólo hacían que alabar y cantar las excelencias de quien les pagaba, bien con un sobre repleto de

billetes y dado bajo mano, o con otra clase de favores, como viajes con todo pagado, periodistas que se llenaban la boca de miel diciendo cosas sólo creíbles por mentalidades cursis y estúpidas y que producían vómitos a los que sólo deseaban escuchar verdades.

A Juanito las tripas se le revolvían de hambre, pero tan absorto estaba en su labor de revelado que ni siquiera oía los gruñidos de su vientre que reclamaba alimento.

Cerca de la ventana, Ricky se había convertido en una mole humana. Descansaba en la postura *zazen*, con las piernas dobladas hacia atrás, las manos con sus palmas hacia arriba y los ojos semicerrados. Semejaba dormido, ausente del mundo.

Se relajaba y ni un solo músculo de su cuerpo se movía. Cualquiera, al darle un vistazo, habría podido pensar que era una figura de cera como las exhibidas en los museos al uso, como el de Marie Tussaud en Londres o Grévin en París.

La puerta se abrió bruscamente.

Juanito, todavía con una de las fotos recién reveladas en su mano, preparándose para colgarla en un cordel para que se secara, desvió su mirada hacia los intrusos que entraban sin llamar.

En un principio, el pequeño portorriqueño pensó que podía tratarse de los dueños del local con los que trataría Ricky; mas aquéllos individuos eran blancos y el local era propiedad de chinos y también eran chinos los vecinos del barrio e incluso los rótulos que colgaban, en vertical, sobre las aceras.

No había que olvidar que se hallaban en el Chinatown donde la colonia asiática era numerosa. Aunque chinos y japoneses desde la noche de los tiempos no hacían muy buenas migas, Ricky, con su excelente carácter, conseguía amigos en todas partes.

En el laboratorio fotográfico acababan de irrumpir cinco hombres.

Tres de ellos empuñaban pistolas y los otros (los más altos y matones, posiblemente sacados de algún gimnasio para boxeadores donde no habían conseguido hacer carrera hacia la gloria) llevaban otra clase de armas. Uno portaba una porra de plomo forrada en cuero y el otro, unos nudillos que eran como cuatro gruesos anillos unidos entre sí, sujetando los dedos.

—¡Quietos! —ordenó el que parecía el jefe del grupo.

Juanito Chancleta les miró y no por ello dejó de colgar la

fotografía recién revelada.

—¿Buscan algo? —preguntó sin inmutarse.

—No te hagas el gracioso —advirtió uno de los que empuñaban revólver.

Otro se acercó a Ricky que seguía sentado como un buda y le puso el cañón de la pistola en la sien.

—Si te mueves te agujereo la sesera, pedazo de elefante.

Ricky continuó cómo estaba, sin siquiera abrir unos milímetros más sus párpados.

Era como si no hubiera entrado nadie, como si aquella pistola automática no le apuntara a la sien a la corta distancia de una o dos pulgadas.

Uno controlaba con su pistola a Juanito Chancleta; otro a Ricky y el tercero apuntaba en general, por si algo se escapaba.

Los dos gorilas exboxeadores vigilaban la puerta dispuestos a comenzar el baile de los golpes. Faltaba un sexto personaje que entró el último, como cerciorándose de que todo estaba bien y de que no podía recibir una bala perdida.

El hombre que acababa de entrar era de estatura media, aunque semejava más bajo de lo que realmente era. Cuellicorto y calvo total, ocultaba su cráneo con un sombrero calado casi hasta las cejas. Cubriendo las cejas y los ojos muy redondos, unas gafas de cristales oscuros.

Aquel individuo era Lesterson, un hombre no demasiado ágil pero que había pasado mucho tiempo en los *dojos* de karate y se había especializado, más que en esquivar, en aplicar golpes mortales.

Para ello se había entrenado sobre maniqués de cuero y rellenos de arena, después de haber endurecido especialmente sus nudillos, los cantos de las manos y los codos.

Lesterson era consciente de que su agilidad no era grande, de que correr para escapar de un peligro tampoco era lo suyo y se había enfrentado con los mejores monitores de karate y Tae-Kwon-Do para aplicar golpes letales.

Era una técnica muy distinta a la del boxeo; el karate y el Tae-Kwon-Do resultaban infinitamente más científicos.

El boxeador podía darle unos cuantos puñetazos que le hicieran daño, pero Lesterson sabía que si él conseguía aplicar simplemente

uno de sus golpes de karate en el área de la tetilla, sobre el corazón, bajo la base de la nariz, en la unión de las cejas, en las sienes o sobre la nuez de la garganta, podía matar a su enemigo.

Lesterson estaba acostumbrado a meterse en muchos líos, debido a sus negocios de reciclaje de coches viejos que eran convertidos en bloques de chatarra para fundición, negocios tapadera, pues él no era más que el brazo armado del grupo que formaban los socios de número del Business Men Club.

Ya tranquilo, porque la situación estaba perfectamente controlada, Lesterson pasó al laboratorio fotográfico y cerró la puerta tras de sí.

—Bien, bien, vosotros sois los compañeros de ese entrometido de Savage, ¿eh?

—¿Por qué no nos dejan trabajar tranquilos? —preguntó Juanito.

El sujeto que le apuntaba con la pistola apartó la mano armada para golpearle en la cara con la culata del arma. Se llevó una sorpresa, pues su mano cruzó el aire sin encontrar la cabeza de Juanito que se había inclinado lo suficiente para esquivar el culatazo.

Al mismo tiempo y gracias a su baja estatura, Juanito clavó su codo en los genitales de aquel tipo tan poco amable que había tratado de dejarle chato de un culatazo.

Aquel hombre se encogió sobre sí, presa de un gran dolor.

Juanito se pegó a él mientras el otro que controlaba la situación a distancia vacilaba con la pistola.

Juanito cargó contra el que aún se dolía del bajo vientre al tiempo que con el talón de su pie derecho efectuaba un rápido barrido de las piernas de su adversario, lanzándolo contra el tipo de la pistola, que le buscaba.

Se produjo una detonación sorda; el cañón del arma acababa de golpear contra el cuerpo del sujeto que recibiera los *atemis* de karate.

—¡Estúpidos! —rugió Lesterson.

Con la habilidad que le caracterizaba y con aquella felina agilidad, sólo posible en un hombre delgado y bajito, Juanito saltó sobre una de las mesas y de ella a la lámpara, arrancándola con cordón incluido. Se produjo un chispazo y quedaron a oscuras.

—¡¡Aggg!!

El rugido lo soltó uno de los sicarios de Lesterson, que sintió dolorosamente cómo la lámpara se estrellaba contra su cabeza.

Brilló un fogonazo, una bala silbó y saltaron cristales hechos añicos.

—¡Estúpidos! ¿Qué hacéis?

—¡¡Aggg!! —gritó otro.

Algún mueble se rompió en la estancia que acababa de quedar a oscuras, pues sólo entraba una tenue claridad a través de la ventana que, por otra parte, tenía una cortina roja. Después, el golpe sordo de un cuerpo humano al golpearse contra la pared y caer al suelo.

¡¡Chass!!

Tras aquel dolorosísimo sonido se escuchó un aullido. Un fogonazo iluminó brevísimamente la estancia y casi al unísono, la detonación...

La mano armada con la pistola acababa de ser aprisionada por una manaza trituradora que había roto los dedos aplastándolos contra el acero de la automática que se disparó involuntariamente.

Más allá no terminaba todo. El tipo que había estado apuntando a la cabeza de Ricky, después de notar que su mano quedaba como pulverizada por una fuerza sobrehumana, fue lanzado a través de la ventana y se llevó por delante la cortina roja.

—¡¡Soco...!!

Ploff...

La caída tuvo efecto sobre el techo de un automóvil que se abolló y de él rodó hasta el suelo mientras en la calle algunos ojos asiáticos observaban atónitos, casi alucinados, lo ocurrido.

Un blanco salía corriendo de un comercio, gritando con las manos en alto. El coche abollado era suyo y lo que menos le importaba era el hombre que lo había estropeado.

—¡¡Estúpidos, acabad con ellos!!

Lesterson dio la orden y se pudieron escuchar dos disparos más.

Las llamas anaranjadas anunciaban la muerte. Las balas silbaron en varias direcciones, se pudo oír un ruido metálico, quizá una cubeta de hierro y porcelana agujereada.

El tipo de la porra chilló:

—¡Ya te tengo!

Y descargó un tremendo porrazo sobre el sujeto que acababa de

apresar.

—¡Idiota, que me has dado a mí, hijo de puta!

—Perdone, pero...

—¡¡Aggg!!

Otro de los sicarios, como engullido por un remolino, salió volando por la ventana, ahora sin cortina.

El propietario del coche abollado recibió un golpe en la cara. Cuando quiso revolverse, vio cómo un tipo que pasaba por encima de los noventa kilos retorció la tapa del motor de su coche al caer sobre ella.

Aquel vehículo no había sido multado por aparcamiento indebido, pero había escogido el peor sitio, a juzgar por la forma en que estaba quedando.

—Pero ¿qué hacéis? —barbotó la voz de Lesterson.

De improviso una gran mano se cerró alrededor de su garganta.

—¡Eh, suélteme!

Golpeó primero con un *empi-uchi* y el codo encontró una musculatura endurecida de abdomen. El golpe de karate no surtió el efecto deseado y mientras seguían apretándole el cuello, propinó un *gyaku-zuki*.

El puñetazo invertido encontró el cuerpo de su enemigo, mas Lesterson tuvo la impresión de que acababa de golpear contra una pared de hormigón y de que las falanges de sus dedos se iban haciendo añicos.

—¿Cómo va eso, Ricky? —preguntó Juanito Chancleta.

—M-mu-muy bien —respondió el japonés.

Juanito encendió un mechero y pudo ver que el laboratorio estaba prácticamente destrozado.

Había dos cuerpos caídos en distintos lugares; parecían muñecos rotos.

El calvo Lesterson se había puesto rojo como un tomate mientras la manaza de Ricky continuaba oprimiéndole la garganta. Aprisionado por aquel gigante, Lesterson insistió todavía en propinarle golpes de karate, mas todo fue inútil. Ricky aguantaba como una roca, sin siquiera alterar su beatífica sonrisa.

—¿Qué, qué ha-ha-hago con él?

Miró la ventana como preguntándose si debía sacarlo fuera como a los otros dos que habían salido volando hasta dar con sus

huesos sobre la plancha del automóvil.

—Éste parecía el jefe; nos lo llevaremos. Savage decidirá qué hacemos con él; además, lo tengo en unas fotos.

Ricky soltó el cuello de Lesterson que, mareado, se tambaleó. Era como si se hubiera bebido una botella de *whisky* sin separar el gollete de su boca; vacilaba como un beodo.

—Di un nú-número del uno al cin-cin-cinco —pidió Ricky a Lesterson que tenía la impresión de que lo habían encerrado dentro de una peonza y que había estado dando vueltas hasta aquel momento.

—El dos —respondió mecánicamente.

—Has tenido suerte —rezongó Juanito que sabía de qué iba el juego cuando Ricky preguntaba por un número o daba a elegir entre una carta del mazo de naipes que solía llevar siempre en sus bolsillos.

Lesterson recibió las dos bofetadas más grandes, dolorosas y sonoras de su vida.

Tuvo la impresión de que se había quedado detenido en mitad de una vía de ferrocarril y de que dos locomotoras, lanzadas al máximo de velocidad y en dirección contraria la una de la otra, le alcanzaban en medio al mismo tiempo, porque Ricky le propinó la doble bofetada atrapando la cara del calvo y cuellicorto Lesterson entre sus dos manazas y al mismo tiempo.

Ocurrió algo singular. En vez de comprimirse el rostro por efectos de la brutal presión de ambas manos, al quedar libre se hinchó como una pelota. Los ojillos redondos quedaron muy abiertos y las pupilas semejaron dar vueltas. Las rodillas de Lesterson flaquearon y se derrumbó.

—No le habrás escurrido el cerebro como si apretaras un limón, ¿verdad? —preguntó Juanito dubitativo, observando al jefe de los sicarios a la luz de la llama del mechero de gas.

—No, no creo. Le he dado fió-flojo, tú, tú querías lle-lle-llevártelo.

—Sí, pero es que tú no te das cuenta de lo bruto que eres, Ricky. Recogeré todo lo revelado y nos volatilizamos de aquí; esto se va a poner feo y vendrá la policía.

Buscó un flexor, lo encendió y se dedicó a recoger el material que más les interesaba mientras Ricky se cargaba a Lesterson sobre

el hombro.

Efectivamente, en la calle se había armado un gran revuelo. Todos miraban ya hacia la ventana por la que salieran volando los dos matones.

Juanito y Ricky, con su carga, utilizaron un corredor del vestíbulo del edificio que conducía a un callejón lateral por el que solían sacar la basura. De esta forma no fueron vistos en su huida.

Ya se escuchaba el ulular de la sirena de un patrullero acercándose, reclamado por el propietario del coche abollado.

CAPÍTULO IX

Moses Pacific Savage estuvo en el edificio de la emisora de televisión CTVC.

Como era habitual, allí había un gran tráfico de gente que se movía de un lado a otro; gente que llegaba y gente que se marchaba.

Cada director de programa estaba ocupado en sus problemas, muchos de los cuales se resolvían en las dos cafeterías que poseía el edificio de la emisora. A una de las cafeterías tenía acceso cualquier persona que llegara hasta allí; la otra era exclusivamente para los que estaban dotados de su placa de personal ejecutivo y colaboradores muy especiales.

—No, no ha venido la señorita Croll. Desde que murió el señor Farrow, las cosas no marchan bien para la chica de la tele.

—¿Seguro que no ha venido? —insistió Savage, pasándole irnos dólares al portero que controlaba la entrada de los empleados fijos.

—Seguro —insistió, guardándose los billetes rápidamente—. Si hubiera llegado, habría marcado su ficha. La señorita Croll es muy cuidadosa en todo. Incluso, los recados los deja por escrito para que no haya malos entendidos. Mire, ahí está su ficha...

Se la mostró y Savage comprobó que, efectivamente, no estaba marcada por el reloj controlador de entrada. Era obvio que la muchacha no había acudido a su trabajo.

—Gracias —dijo y se alejó.

Abandonó la emisora y tomó un taxi. El gran «Daymio» lo tenían Juanito y Ricky.

—Como ha cambiado esto, ¿eh?

Savage, que se había distraído, tras la observación del taxista que acababa de recogerle a la salida de la emisora, preguntó:

—¿Cómo dice?

—Que como ha cambiado la CTVC. En pocos días, desde que la

palmó el director Farrow, ahora es una mierda.

—¿Se refiere a los programas generales o a los noticieros? —preguntó Savage.

—Los programas generales de telefilmes no los han cambiado aún, pero todo llegará. Sólo hay que ver los noticieros; ahora sólo hablan de lo bueno que es, para la ciudad, el alcalde Donovan. Siempre pidiéndole zonas verdes, lugares de recreo con árboles y menos alambradas y ahora aparece plantando pinos. O ese fulano se ha vuelto de golpe muy humano o no§ está tomando el pelo.

—Y cuando llegue el momento de las elecciones, ¿usted le votará a él?

—¿Y qué voy a hacer? Si voto a Benson, su eterno rival, aún será peor.

—Está el ecologista.

—¿El ecologista? ¡Ah, sí! Algo he oído hablar de él, pero no creo que tenga posibilidades, nadie habla de él.

—¿No se le ha ocurrido pensar que si se habla poco de él es porque le tapan la boca y que además el ecologista no tiene dinero para hacer una campaña como la que le están pagando los que apoyan a Donovan?

—Sí, es cierto, pero ¿qué puedo hacer yo? Si le voto yo solo, tampoco sirve de nada.

—¿Es que a usted no le gustaría vivir en una ciudad más limpia, más humana?

—¿Y eso, se lo pregunta a un taxista? ¡Mira que tiene cojones!

—Entonces, ¿por qué no acude a un mitin de los ecologistas? Si a usted le convencen, los taxistas podrían llevar en sus coches unas pegatinas verdes, las pegatinas de los ecologistas. Si toda la flota de taxis hiciera lo mismo, seguro que se oía hablar de McAndrew, el ecologista candidato para la alcaldía de esta ciudad.

—Vaya, eso no está mal. Los taxistas ayudando a los ecologistas para una ciudad menos contaminada, más habitable y con más árboles... Oiga, amigo, ¿es usted militante de los ecologistas?

—No, pero me caen bien todos los que desean hacer algo para que la Naturaleza no sea apartada de la ciudad, sino que vuelva a entrar en ella porque hace falta para que los humanos vivamos mejor. ¿Ha probado a caminar alguna vez descalzo sobre la tierra ligeramente húmeda?

—Pues, no, siempre voy con zapatos.

—Hágalo alguna vez, verá cómo se siente más libre.

—Oiga, pues lo voy a probar cualquier día; a lo mejor, hasta me huelen menos los pies.

Savage se apeó ante el edificio donde vivía Úrsula Croll. Pagó la carrera y saludó al taxista que, al alejarse, gritó:

—¡Veré qué se pude hacer sobre eso de las pegatinas verdes!

Se marchó rodando sobre una ciudad dura, hecha de cemento, acero y asfalto.

Savage observó que en el *parking* subterráneo estaba el coche de Úrsula, lo que quería decir que no había abandonado el edificio, lo que resultaba extraño, porque él la había estado llamando insistentemente por teléfono.

Subió con el ascensor hasta el rellano donde se ubicaba el apartamento.

Llamó oprimiendo el pulsador eléctrico, mas no hubo respuesta. Savage, inquieto por lo que pudiera haberle ocurrido a la joven, optó por sacar un cortaplumas. Introdujo la lengüeta de acero en la cerradura, manipuló durante varios segundos y, al fin, la endeble puerta cedió.

Savage se introdujo en el apartamento donde nada aparecía revuelto. No había señales de lucha, todo estaba en orden.

Se concentró para que uno de sus sentidos se hipersensibilizara. Gracias a sus técnicas de Yoga, Zen y otras muchas disciplinas aprendidas en el Nepal, Tíbet, India, China Continental y Japón, había logrado desarrollar al máximo sus sentidos y era capaz de separarlos totalmente entre sí, de tal modo que al acentuar la sensibilidad de uno de ellos, los demás no pudieran estorbarle.

En aquel momento, su olfato no llegaría a la fantástica agudeza de un perro pastor alemán, pero sí conseguiría detectar sensaciones olfativas muy superiores a las de cualquier ser humano que, normalmente, atrofiaba sus sentidos viviendo en la ciudad.

Quizá el único sentido en el que se apoyaba el ciudadano era en el de la vista, especialmente para conducir vehículos, quedando mermadas sus otras facultades.

Con los ojos semicerrados, Moses Pacific Savage comenzó a distinguir distintos olores y a separarlos entre sí.

«Aquí han estado dos hombres y los dos fumaban cigarrillos de

marcas distintas», pensó. Incluso, hubiera podido decir la marca de desodorante que utilizaba uno de ellos.

Grabó en su mente todos aquellos olores y no le cupo duda de que Úrsula Croll había recibido visitas, lo que no podía saber era si habían sido molestas o no.

Podía esperar sentado en el sofá a que ella regresara, pero ¿y si no volvía, y si estaba en peligro?

Entró en la alcoba donde seguía estando todo en orden. Quienes habían estado allí debían haberse comportado correctamente. Si se topaba con ellos, Savage no tenía duda alguna de que sabría identificarles, gracias a que había memorizado sus olores.

Observó el bloc de notas que estaba junto al teléfono de la mesita de noche y se acercó a él, recordando las palabras del controlador de fichas de la CTV.

«—La señorita Croll es muy cuidadosa en todo. Incluso, los recados los deja por escrito para que no haya malos entendidos.»

Tomo el bloc y leyó lo último que había escrito.

«SARGENTO MORTIMER, BRIGADA DE HOMICIDIOS».

Soltó el bloc y junto al teléfono descubrió unas llaves que ya conocía; eran las llaves del «Mercury» Bobcat de la muchacha.

Se detuvo a pensar durante breves segundos y optó por coger aquellas llaves. Abandonó el apartamento y bajó al *parking* para tomar el coche de Úrsula.

Salió con el auto y se dirigió a la estación central de la Policía Metropolitana. Aparcó el «Mercury» y se adentró en el edificio. Una bella agente de policía le recibió:

—¿Desea usted algo?

Savage le mostró sus credenciales de reportero y añadió:

—Necesito ver al sargento Mortimer de Homicidios; es para algo concerniente al caso Farrow.

—Un momento, pase a la sabía cuatro y aguarde.

Savage siguió por el corredor. Abrió la puerta indicada y se encontró en una pequeña salita en la que había un tresillo y una mesita de centro redonda sobre la que había dos cosas: un cenicero y una biblia, para que pudiera ojearla quien estuviera allí, nervioso, aguardando a ser recibido.

Salitas como aquélla las había en buen número; muchos padres habían tenido que esperar, acongojados, para conocer la suerte que iban a correr sus hijos.

Aguardó unos minutos, no muchos, y se abrió la puerta. Apareció un hombre de estatura mediana, fornido y flexible en sus movimientos. Medio sonreía y parecía muy seguro de sí. Iba en mangas de camisa y parecía atareado.

—¿Usted es Moses Pacific Savage, el *free-lance* del periodismo?

Savage identificó de inmediato el olor de aquel individuo, un olor ya clasificado en su memoria. No era un solo olor que pudiera confundirle, era una mezcla de olor a tabaco de una marca determinada, un desodorante concreto, un olor a humanidad. Incluso, hubiera asegurado que a aquel sargento de la brigada de homicidios no le funcionaba bien el hígado.

—Sí, quería hablar con usted, sargento Mortimer.

—¿Sobre el caso Farrow?

—Sí.

—Pues diga lo que sepa, aunque me parece que cuánto usted pueda aportar poco cambiará la situación de Van Nappy. Está cazado y bien cazado; el ayudante del fiscal ya ha tomado en sus manos todo el *dossier*. Ese desgraciado confesó antes de inyectarse la heroína que le ha dejado en coma.

—Es que yo tengo unas fotografías que pueden cambiar este caso en ciento ochenta grados.

—¿Unas fotografías? Lo dudo, ya que ante un tribunal, las fotografías 110 se aceptan como pruebas de cargo.

—Si se demuestra que no son trucadas, se aceptan como indicios y la suma de muchos indicios conduce a una consistente prueba de cargo, así lo estiman jueces y jurados.

—Eso es verdad. En ocasiones se ha condenado a más de un reo por una suma considerable de indicios al faltar pruebas fundamentales. Veamos esas fotos.

—Aquí no.

—¿Por qué no?

—Verá, pienso utilizar esas fotografías en un reportaje que estoy haciendo y si se las muestro aquí, usted las meterá en el *dossier* y es posible que no vuelva a verlas.

—Si posee usted pruebas que puedan implicar a alguien en el

asesinato de Farrow, está obligado a proporcionarlas a la policía.

—Es lo que estoy haciendo, sargento; claro que si usted no me facilita las cosas pediré por el teniente que haya sido designado para este caso.

—Está bien, está bien, vamos, pero si me hace perder el tiempo, tendrá usted problemas por muy reportero que sea.

El sargento Mortimer fue en busca de su chaqueta y colocó la «Browning» automática en su funda del cinturón. Savage ya le aguardaba en recepción y ambos salieron a la calle.

—Iremos en un coche policial.

—No hace falta, iremos en el mío —objetó Savage.

—De acuerdo —aceptó el sargento Mortimer, dispuesto a dar facilidades a Savage antes de que éste fuera a quejarse a otra parte.

El policía no sospechó que aquel auto pudiera ser el de Úrsula Croll.

Savage condujo hacia el área deportiva municipal. En aquellos momentos estaba solitaria, no se veía un alma.

Savage paró el motor del coche, se apeó y el sargento le imitó. Llevaba la chaqueta abierta y hundió los pulgares por el interior de los pantalones para subírselos ligeramente.

—Bien, no me irá a decir que tienes las fotos aquí, ¿eh? —rezongó Mortimer, sarcástico.

—No, simplemente que no quería testigos.

—¿Teme que le vean?

—Sí, tengo una reputación que cuidar. Ahora dígame, ¿dónde está la chica de la tele?

—¿La chica de la tele? —repitió el policía, sorprendido.

—Sí, Úrsula Croll.

—Oiga, Savage, usted me ha traído aquí para mostrarme unas fotos... ¿A qué viene eso de preguntar por la chica de la tele?

—Sé que usted ha ido a su apartamento con otro individuo, y después se la han llevado. Ella no ha opuesto resistencia porque usted le ha mostrado sus credenciales, ¿me equivoco?

Mortimer palideció, su ceño se frunció y el brillo de sus pupilas aumentó.

—¿Qué pretende, buscapleitos?

—Hallar a Úrsula Croll. Ella fue testigo del crimen y no me gusta que usted la haya hecho desaparecer. No me cae bien, sargento,

huele a distancia o, por lo menos, yo le huelo.

—¿Quién le ha dicho que yo haya estado en el apartamento de Úrsula Croll?

Savage se tocó la nariz y con una sonrisa irónica concretó:

—Ésta.

—No me diga que es un sabueso...

Se llevó la mano hacia atrás como para sujetarse mejor el pantalón, mas lo que hizo fue desenfundar la «Browning».

Antes de que lograra encañonar a Savage, éste ya le había apresado la muñeca armada con su mano derecha. Estiró de ella por delante de sí y le aplicó un contundente *shuto-uchi* con el borde cubital de su zurda.

El dolor en la muñeca castigada fue tan intenso que el sargento desencajó sus mandíbulas mientras la pistola escapaba de sus dedos sin que hubiera hecho uso de ella.

Mas, Mortimer era un hombre preparado para la lucha, un hombre entrenado en las Artes Marciales Orientales y reaccionó tratando de aplicar un *mae-geri-kekomi* en el bajo vientre de Savage.

El tacón rozó los genitales de Savage que, previniendo aquella reacción, soltó la mano que antes apresara para coger el pie del sargento por encima del tobillo. Al abrirle así las piernas, fue él quien le metió un *kerihanashi* en el escroto. Mortimer aulló como un poseído por el diablo, el puntapié había acertado en una zona ciertamente delicada.

Savage le soltó la pierna y el sargento se desplomó al suelo. Savage dio una patada a la pistola para alejarla y que Mortimer no pudiera alcanzarla y luego dijo:

—En la academia os dan clases de defensa personal, pero no se os enseña el Do, y con el Do, se llega mucho más lejos en karate, el judo, el Tae-Kwon-Do, el Hapkido o cualquier otra Lucha Marcial. Ahora, vamos a platicar... De veras que no me gusta lo que voy a tener que hacer si no me dices dónde está Úrsula Croll, pero tú no me dejas otra solución y yo tengo prisa por encontrarla. Mi sexto sentido me advierte que está en peligro.

Mortimer, tendido en el suelo, todavía lívido por el dolor que sentía en su sexo, intento reaccionar.

Savage se inclinó sobre él y sin demasiada fuerza, sin sadismo, pero con la terrible efectividad de un cirujano provisto de su bisturí,

le castigó con una *tegatana*. Las puntas de sus dedos se hundieron en el cuerpo del policía que volvió a aullar.

—Te duele el hígado, ¿eh? Cuando me largue, te van a encontrar hecho un guiñapo, ya no vas a servir para nada en tu vida, y no van a entender cómo se han podido deshacer tus órganos. Fíjate como puede doler un riñón...

Savage volvió a aplicarle un *ippon-ken* de karate con los nudillos de la diestra y el sargento aulló de nuevo, retorciéndose sobre el suelo del campo de *béisbol*.

CAPÍTULO X

Hacía mucho que el grifo había dejado de chorrear agua. El nivel había subido hasta los dos metros, aunque la cuba tenía unos siete de altura y era capaz de almacenar millares de litros.

Úrsula Croll se despojó del vestido y también de los zapatos cuando el agua le llegó al cuello para así poder moverse mejor y nadar para mantenerse a flote, pues el agua ya la cubría por completo.

Arriba, uno de los hombres del mayor Shaper leía una revista mientras comía una manzana y no hacía el menor caso de las protestas de la muchacha que no podía agarrarse a ninguna parte para mantenerse a flote.

Había probado a adoptar la posición del muerto y así, boca arriba, aguantar más, pero estaba tensa por el miedo y se cansaba.

Nadó moviendo ligeramente pies y piernas, sólo para sostenerse. Probó a nadar en círculo, pero el paso del tiempo la había agotado. Ella no era ningún pez y aquél no era su elemento.

En varias ocasiones había tragado agua y su fatiga iba en aumento; cada vez sentía que se hundía con más facilidad y cuando hacía un esfuerzo por reaparecer, gritaba:

—¡Socorro, sáquenme de aquí, por favor, se lo suplico!

—Cuando estés dispuesta a firmar tu testimonio, lo que te ha pedido el mayor Shaper, ya sabes.

—¡No conseguirán nada, no condenarán a ningún hombre por un falso testimonio mío! —gritaba ella.

—Pues anda, encanto, sigue nadando.

¿Cuánta gente habría dejado que un desconocido fuera condenado con tal de salvar su propia vida? Úrsula Croll supuso que muchos, en su misma situación, cederían con tal de salvar el pellejo; pero, no, ella no cedería aunque terminara ahogándose.

El tipo que la vigilaba alzó su mirada; él era uno de los hombres

de la policía que no servían a la ley, sino a unos intereses poco limpios y ello no era de extrañar, pues en todo grupo íntegro podía haber tipos repugnantes como existió uno entre los propios apóstoles de Cristo. Por la pasarela se acercaba el mayor Shaper pisando fuerte, como era normal en él.

—¿Cómo sigue?

—Igual, mayor, no quiere hablar.

—Ya hablará, sólo hay que dejar pasar tiempo, que se canse más. ¿No es cierto, señorita Croll?

—¡No testificaré en falso!

—Es usted una estúpida, nadie va a salvarla de donde está y su muerte será lenta. Hubiera sido más rápida de no saber nadar; ahora ya ve que por debajo de sus pies hay poco más de un palmo de agua, pero es suficiente para que no pueda apoyarse en el fondo y se vea obligada a moverse constantemente para mantenerse a flote.

—¡Aguantaré! —replicó ella, resuelta, sacando fuerzas de flaqueza.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Shaper, entre burlón e irónico—. ¿Un día, dos, cinco? Va a quedar muy arrugada cuando se ahogue. Yo no tengo ninguna prisa. Ahora me marcharé y volveré mañana en la mañana; espero que pase una feliz noche en remojo, señorita Croll.

—¡¡Canalla, asesino!!

El mayor Shaper se rió. Le divertía aquella tortura lenta a la que sometía a aquella joven tan hermosa, conocida por los televidentes como «la chica de la tele».

—Tú sigue vigilando, Mortimer vendrá a relevarte luego.

—O. K., mayor.

El mayor Shaper se apartó de la cuba y comenzó a cruzar la pasarela para regresar al altillo donde se habían ubicado las oficinas de aquel almacén.

De pronto, se produjo un gran ruido, fue algo bestial...

La doble puerta de gruesos maderos saltó hecha pedazos a consecuencia del empuje del poderoso «Daymio», el automóvil de Savage, siete litros de cubillaje, seis ruedas con tracción y suspensión independientes y unos parachoques extraduros.

El gran «Daymio», un coche único en el mundo, ya que había

sido construido artesanalmente en Liberty Garden, no sólo se metió en el almacén haciendo pedazos la puerta, sino que chocó contra la parte posterior del coche del mayor Shaper allí aparcado y lo empujó hacia el fondo de la nave, haciéndolo chocar, a su vez contra el muro.

El lujoso automóvil de Shaper quedó hecho un acordeón mientras el gran «Daymio» (que había avanzado con la primera marcha y el reductor puesto, lo que equivalía a un avance lento pero con la fuerza de un tractor) no recibió el más mínimo daño.

El mayor Shaper, situado sobre la pasarela, quedó unos instantes atónito ante lo que acababa de suceder, mas luego reaccionó desenfundando su pistola «Magnum».

—¡Quietos!

Del coche saltó Moses P. Savage que era quien había conducido. La doble portezuela se abrió también y bajó Ricky.

El hombre que vigilaba la cuba también sacó su pistola. Por una de las ventanillas del «Daymio» asomó el objetivo de una cámara accionada por el portorriqueño Juanito, dispuesta para filmar cuanto ocurriera.

—¡Mayor Shaper, es mejor que guarde su pistola y se entregue!

—¿Cómo, qué dices, idiota? —inquirió, apuntando a Savage con su «Magnum» desde la posición en alto en que se hallaba.

—No tiene escapatoria, Shaper —replicó Savage—. Lesterson ha firmado una confesión sobre su participación en la muerte de Farrow. También ha declarado sobre la paliza que propinaron al desgraciado Jeffrey van Nappy, la heroína que le inyectaron, los múltiples pinchazos que le hicieron en los brazos para hacerle pasar por un vicioso de la droga. Además, yo tengo fotografías de cuando se llevaron a ese Jeffrey del chalet, y la viuda Farrow también declarará lo sucedido. No tiene escapatoria, es mejor que se entregue. ¡Ah! Lesterson ha confesado también que se pasearon por el vivero de los ecologistas con un tractor que tiraba de una cuba cargada de defoliante que fueron pulverizando para exterminar los árboles de los ecologistas. También está el testimonio de Úrsula Croll que presenció el asesinato de Farrow. Ya ve que es preferible entregarse. ¿No es eso mismo lo que usted ha repetido a los criminales que ha tenido acorralados tantas veces?

—Ese cebo no me lo trago, Lesterson no ha podido contar todo

eso.

—Ya lo creo que sí y también el sargento Mortimer ha sido muy locuaz. ¿Cómo, si no, habría llegado hasta aquí? Sé que tiene a Úrsula Croll secuestrada en este lugar.

—¡Savage, Savage, estoy aquí, en la cuba! —gritó Úrsula desde el agua, procurando mantenerse a flote.

—¡Mátala! —ordenó el mayor Shaper.

El hombre que vigilaba a Úrsula vaciló, mas optó por apuntar con su pistola hacia ella. Disparó, pero Úrsula había conseguido zambullirse y escapó al primer proyectil.

Desde detrás del «Daymio», Ricky lanzó un *shuriken* que no era estrellado sino un disco arrojadizo de unos diez centímetros de radio y bordes muy afilados. Silbó siniestramente al volar hacia el hombre que iba a convertirse en verdugo de Úrsula Croll.

Ricky utilizaba los *shuriken* en contadísimas ocasiones, ocasiones como aquélla en que no podía llegar hasta su enemigo y hacía falta actuar aprisa. Ricky era muy hábil en el lanzamiento de aquellos discos y lo demostró una vez más.

El *shuriken* dio en el *tenar* de la mano armada con la pistola, produciéndole un gran tajo del que brotó la sangre. La pistola cayó al agua, quedando desarmad *Kiaaaiiii...*

El *kiai* silencioso fue lanzado por Moses P. Savage que se lanzó contra la cuba de madera con el pie derecho por delante, volando materialmente.

El terrible taconazo dio contra las maderas de la cuba que, pese a ser muy gruesas, se astillaron de inmediato. Sobre el hombre cayó una avalancha de agua.

—¡Savage! —gritó Úrsula, pegándose contra la pared de madera para evitar que la succión del agua la arrastrara hacia el gran agujero que podía llegar a taponar con su propio cuerpo, un agujero que hizo bajar rápidamente el nivel del agua.

—Mayor, ¿qué hacemos? —masculló el policía que tenía la mano herida.

El mayor Shaper apuntó a Savage; sus ojos reflejaron todo el odio que sentía hacia el periodista, mas no apretó el gatillo. Todo su futuro se agolpó en su mente, acumulándose entre sus dos cejas que se fruncieron.

Despacio, volvió el cañón de la pistola hacia él mismo. Abrió la

boca y se lo metió. Apoyó el siniestro cañón del arma en su paladar y...

—¡Mayor! ¿Qué hace?

Sonó un estampido ahogado. Se rompió la baranda de la pasarela y el cuerpo de Shaper cayó desde lo alto contra el suelo anegado por miles de litros de agua que habían escapado de la cuba reventada.

Entre Savage y Ricky acabaron de agrandar el agujero y sacaron a Úrsula, extenuada.

—¡Savage, Savage, qué miedo he pasado! —sonrió la joven, abrazándole, mientras Chancleta, con su dora, no había perdido detalle de todo lo sucedido.

EPÍLOGO

El *Round* Gardner estaba a rebosar, lleno de simpatizantes de los ecologistas. Era de noche y todos los reunidos esperaban las palabras de McAndrew.

Mientras tanto, en una pantalla gigante, debidamente instalada para que todos pudieran verla y, al mismo tiempo, ser filmada por distintas cadenas de televisión, comenzó a salir el reportaje realizado por Moses P. Savage, un reportaje que comenzaba en el vivero defoliado los hombres que apoyaban al alcalde Donovan mientras la voz en *off* del propio Savage explicaba lo ocurrido.

Se alzó un rugido de indignación entre los ecologistas. Allí, delante de todos, quedaban claramente expuestas las sucias maniobras de los hombres del Business Club.

—Entre los asistentes al mitin se hallaba el fiscal general al que Savage había entregado todas las pruebas y confesiones de lo sucedido en el caso Farrow; el fiscal se había hecho cargo con mucho gusto del asunto.

—¡Hermanos míos, hijos de la Naturaleza, decidme! ¿Queréis una ciudad más humana, más natural, mejor donde vivir?

—¡¡¡¡¡Sííííí!!! —respondieron al unísono los millares de voces.

—Creo que ya hemos hecho cuánto hemos podido, le dijo Savage a la chica de la tele.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

—Si te parece...

—Savage, ¿me llevas a mi apartamento?

—Encantado, pero con una advertencia...

—¿Cuál?

—Que no pienso casarme, tengo muchos problemas que resolver.

—Ni yo te he pedido que te cases.

Hundió sus uñas entre el cabello negro de la nuca del hombre y

lo besó apasionadamente mientras alguien repartía entre los taxistas de la ciudad unas pegatinas verdes que rezaban:

«VOTA POR LOS ECOLOGISTAS Y TENDRÁS UNA CIUDAD
MEJOR».

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Cuerno u periódico de crímenes. (N. del A.). < <